

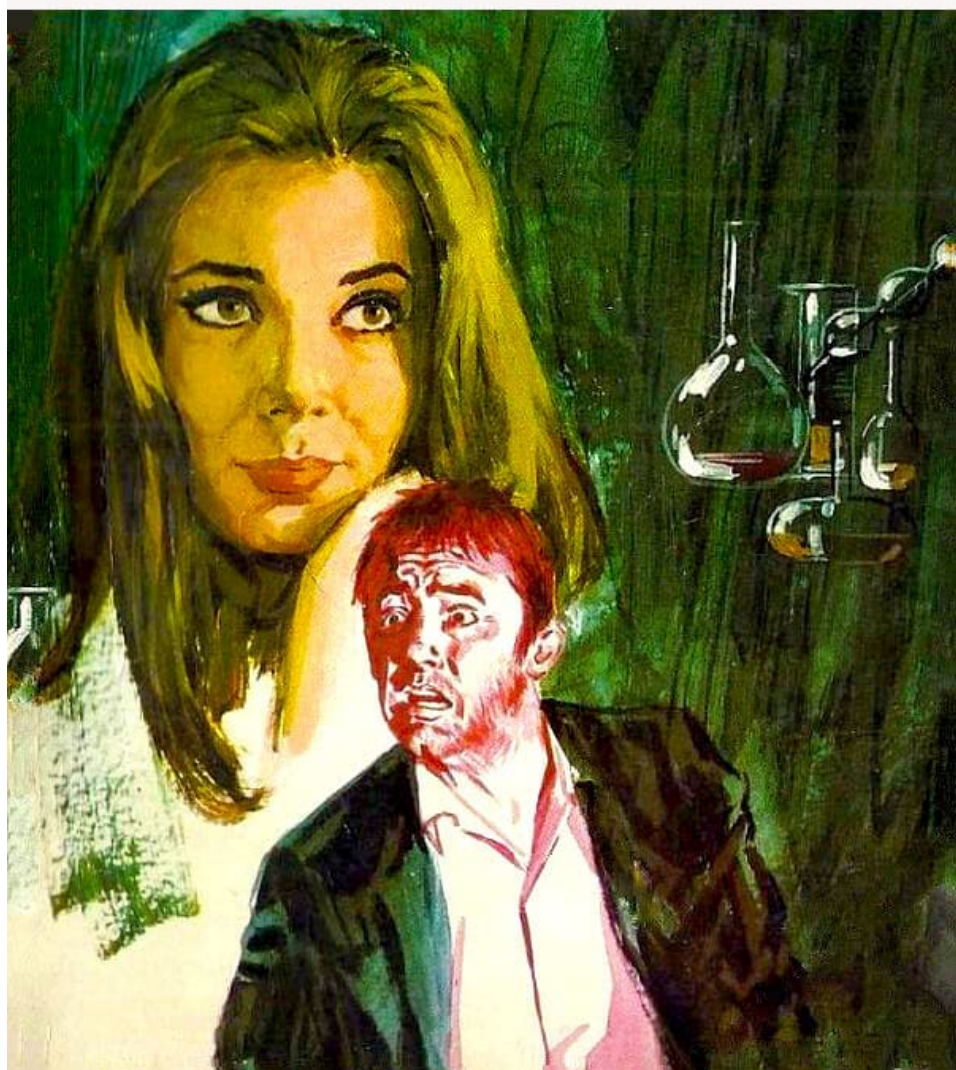
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

Matty, **Frank McFair** un vagabundo cualquiera



Matty Matheson era un hombre sin apenas historia y sin ninguna importancia. Nadie, excepto unos cuantos vagabundos que se reunían en la taberna de

O'Myer,

tenía noticias de su existencia.

Matty adquirió su gramo de importancia cuando se convirtió en el espectador de un crimen. Como decía él más tarde: «Maldita la falta que me hacía la propaganda. Ahora ando mal del hígado y de los pulmones y de todas las cosas que llevamos dentro. Y, ¿por qué, me puede usted decir? Pues porque los médicos se ocupan ahora de mí. Y cuando esos tipos lo miran a uno, siempre le prohíben algo. Se lo digo a usted».

La noche era simplemente infernal. Nevaba hacía ya dos horas, y el camino hasta la taberna de

O'Myer,

largo y pesado.



Frank McFair

Matty, un vagabundo cualquiera

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1083

ePub r1.0

Lds 11.03.18

Título original: *Matty, un vagabundo cualquiera*

Frank McFair, 1971

Cubierta: Jorge Samper

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Matty Matheson era un hombre sin apenas historia y sin ninguna importancia. Nadie, excepto unos cuantos vagabundos que se reunían en la taberna de

O'Myer,
tenía noticias de su existencia.

Matty adquirió su gramo de importancia cuando se convirtió en el espectador de un crimen. Como decía él más tarde: «Maldita la falta que me hacía la propaganda. Ahora ando mal del hígado y de los pulmones y de todas las cosas que llevamos dentro. Y, ¿por qué, me puede usted decir? Pues porque los médicos se ocupan ahora de mí. Y cuando esos tipos lo miran a uno, siempre le prohíben algo. Se lo digo a usted».

La noche era simplemente infernal. Nevaba hacía ya dos horas, y el camino hasta la taberna de

O'Myer,
largo y pesado.

Matty había tenido un golpe de suerte esa noche, lo cual le hacía caminar con los hombros menos caídos que de costumbre. Al pasar junto al Madelon Theatre vio salir a una anciana, arrebujada en su abrigo. La anciana intentó hacer dos cosas al mismo tiempo: ponerse bien el sombrero, y colocar el pie en la calzada resbaladiza de nieve.

El resultado fue que se escurrió y estuvo a punto de caer. En realidad, Matty no tuvo sino que alargar los brazos y recoger en ellos el peso de la mujer. También él estuvo a punto de caer.

La anciana recobró el equilibrio. Se volvió para ver quién la había ayudado y contempló un momento las ropas de Matty.

—Gracias, hijo —dijo—. Me hubiera estrellado en esta

condenada nieve.

—De nada, abuela.

—Éste...

Una sola mirada había bastado. Matty era lo que era, y además lo parecía. Un vagabundo.

—Permítame —dijo—. La noche está como para que una taza de café no le venga mal a nadie. No se ofenda si...

El billete pasó de una mano a otra. Matty se llevó la mano al sombrero, sin ofenderse.

—Gracias, abuela —dijo. Y echó a andar. Cinco pasos más allá, se volvió, con una mueca de asombro en el feo rostro.

—Cinco pavos —dijo—. Oiga, abue...

Pero la viejecita había desaparecido entre las ráfagas de nieve. Y lo que diría Matty después: «No era cosa de correr detrás de ella, ¿verdad? Imposible, con ese «suelo escurridizo».

Fuese o no una equivocación, el caso es que el billete de cinco dólares hizo brotar en su mente al instante una cinta cinematográfica. Copa tras copa en la taberna de O'Myer,

y una mesa donde dormir toda la noche, ya que O'Myer

no cerraba nunca.

Una larga teoría de copas, compañía y calor. No pedía otra cosa, y los cinco pavos se lo iban a proporcionar.

El camino, terminado Proctor, cruzaba el río, cerca del barrio negro, y continuaba entre solares llenos de latas y basura. Alguna luz iluminaba fantasmalmente restos de tapias, y el edificio, vacío a esas horas, de alguna fábrica.

Así llegó hasta las tapias de la empresa Watkins. Como todas las noches, cuando pasaba por allí, volvió la cabeza para ver si el portero nocturno estaba en la puerta de su garita.

No estaba, pero sí abierta la gran hoja metálica de la puerta de entrada.

—¿Bill? —preguntó Matty.

Bill había nacido en el mismo pueblo que él, en Indiana. Solían cambiar algunas palabras e incluso de vez en cuando, Bill le daba un trago de *whisky* del que bebía a escondidas del capataz.

—¿Bill? —repitió.

Nadie le respondió.

Diciéndose vagamente que Bill se habría quedado dormido, aunque esto era raro en él, Matty se metió por la abertura que dejaba la puerta abierta.

La garita estaba vacía.

—Bueno, que me aspen —dijo Matty. Levantó la cabeza y vio la luz en la ventana.

Pensando que si le descubrían allí no le quitaría nadie un par de semanas de «sombra» —y eso si el juez era benévolo—. Matty se dispuso a dar media vuelta.

Se quedó clavado en el suelo.

A través de la iluminada ventana, había visto a dos siluetas. La de la derecha llevaba una pistola en la mano. Al contraluz era perfectamente visible.

Luego, oyó una explosión, amortiguada por la lejanía por los cristales y por la nieve. Pero una explosión, sin ningún género de dudas.

La silueta de la izquierda se llevó las manos al pecho y cayó fuera del radio de visión de Matty.

Éste se volvió y echó a correr.

Tres pasos nada más. Tropezó en algo tapado por la nieve y cayó al suelo.

Cuando se ponía a gatas para incorporarse, se encontró mirando horizontalmente a otros dos ojos.

Y a éstos los conocía. Eran los de Bill.

Matty logró ponerse en pie, esta vez completamente aterrorizado. Porque Bill se hallaba tendido en el suelo, con los ojos abiertos, pero sin mirar.

Desde allí a la taberna de

O'Myer,

había solamente unas setecientas yardas. Las recorrió en un tiempo récord, sin dejar de pensar furiosamente.

Una cosa era segura. Había sido testigo de un crimen o un intento de crimen. Alguien había disparado contra alguien en el interior de la empresa Watkins. Y Bill, el portero nocturno, tenía todo el aspecto de estar muerto.

Y otra cosa era segura. Si la policía llegaba a saber que él, Matty Matheson había estado tan cerca de aquel sitio lo meterían en la

cárcel, le pegarían con porras, le harían sufrir toda clase de indignidades, para hacerle decir más de lo que sabía. Eso si no le achacaban a él el crimen.

Una cierta experiencia con policías y jueces, le había llevado a una opinión no demasiado favorable hacia ellos. Simplemente, los temía, y procuraba evitarlos en lo posible.

Aterrorizado y todo, recogió casi inconscientemente la presencia de un coche con los faros apagados, al lado de la tapia de la Watkins. Pero no se detuvo. Por el contrario, aquello prestó alas a sus pies.

Cuando llegó a la taberna de
O'Myer

ya tenía decidido lo que iba a hacer: nada. Callarse la boca, convertirse en ciego y sordo. El no sabía nada, nada había visto y nadie podría obligarle a decir lo contrario si le preguntaban. Nadie.

Así llegó a su destino, abrió la puerta y se coló dentro del local de
O'Myer

que olía a ropas mojadas, a pies sucios y a *whisky* y cerveza baratos. Pero todo ello, junto al calorillo del interior, se le antojaron simplemente maravillosos.

Unos cuantos ojos se alzaron, para contemplarlo.

Matty fue hacia la mesa que ocupaba comúnmente y se dejó caer en ella. Col Ollie lo contempló con ojos turbios.

—¿Has visto al diablo? —preguntó estrepitosamente.

—¿Yo? No, qué demonios. Lo que ocurre es que hace un frío que mataría a un oso.

—Pero tú no eres un oso, ¿no?

Hasta el tercer trago, no consiguió Matty dominar los temblores. El calor del *whisky* le recorrió el cuerpo. Pero no lograba olvidar aquel disparo, la sombra cayendo y los ojos de Bill.

También el *whisky* le devolvió un poco la facultad de pensar. Bill le había dicho alguna vez que la Watkins se dedicaba a fabricar productos químicos, y que el director era un tal Stables. No sabía o no recordaba nada más. Ni siquiera sabía a qué despacho pertenecía la ventana en la que había ocurrido «aquello».

A las diez, Matty estaba apreciablemente borracho, en forma, como él decía, y sólo había gastado la mitad de los cinco dólares.

Comenzó a ver las cosas de distinta manera. Eso era. Por la mañana, se daría una vuelta por allí. Alguien debería saber algo.

Continuó bebiendo y a las doce enterró la cabeza entre los brazos, sobre la mesa, y se quedó dormido.

Lo despertó el camarero a las ocho.

—Eh, tú, andando. Voy a limpiar.

Con la cabeza pesada, la boca reseca y los miembros doloridos, Matty se puso en pie. Lentamente, muy lentamente, los sucesos de la noche volvieron a su memoria.

Se estremeció. Tenía que hacer algo... Pero no se acordaba de qué. En la misma situación de embrutecimiento, salió a la calle y caminó como un sonámbulo. La nieve cubría el suelo, las tapias. Los tejados, pero había dejado de caer. Tambaleándose prosiguió su camino.

Sí, eso era. Había pensado acercarse a la Watkins.

Cuando llegaba, vio los coches en la puerta. Coches y uniformes. Y muchos hombres de paisano también.

Un policía le puso una mano delante.

—Aparta, muchacho. No tienes nada que hacer aquí.

—¿Qué ocurre, agente?

—Lárgate, o te meto en la caponera.

Un grupo de hombres enfundados en chaquetones con los cuellos levantados se encontraba en una de las aceras, hablando en voz baja y golpeando con los pies contra el suelo para entrar en calor. Matty se acercó a ellos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Uno de los hombres lo miró con indiferencia. Parecían obreros.

—Han matado a dos tipos ahí dentro.

—¿Quién?

—Y yo qué sé. ¿Te importa, de todos modos?

—No.

—Pues lárgate.

Matty no se largó. Como hipnotizado, caminó de un grupo a otro. La puerta de entrada estaba completamente abierta, y muchos policías de uniforme y paisano entraban y salían. De vez en cuando, un coche se abría paso entre los grupos como un navío, y penetraba o salía del gran patio del edificio.

En cada uno de los grupos pudo recoger alguna migaja de

información, antes de que alguien lo mirase con sospecha.

Habían matado al portero nocturno y a uno de los químicos a tiros.

Matty permaneció por allí, hasta que vio salir una ambulancia policíaca. Luego, arrastrando los pies, se marchó a tomar una copa.

Mientras pasaba por la calleja, a su derecha, le vino de pronto a la memoria el automóvil que había visto allí. Los borrachos pueden olvidar lo que vieron durante su borrachera, pero cuando él vio el automóvil, no estaba borracho.

Por eso lo recordó. Y también recordó que era un coche europeo. Y algo más. Había algo más, pero que no recordaba en ese momento.

Aquella misma noche, mientras permanecía sentado en una mesa en el bar de

O'Myer,

el dueño estaba leyendo el periódico.

—Y pensar que tan cerca de aquí estaban apiolando a esos dos tipos —dijo el irlandés—. Dice aquí que hacia las nueve o cosa así. A esa hora yo hago la caja...

Levantó la mirada.

—Ey, Matty. Tú llegaste poco más o menos a esa hora, ¿no?

—Yo qué sé —respondió Matty asustado—. No, era más temprano.

—Yo diría que sí. Bueno, bueno, al parecer el químico era un tipo importante. ¿Qué habrán robado? Aquí no dice nada. Matty, ¿tú conocías al portero, ¿no?

—Un par de veces hablé con él.

Matty estaba sobre ascuas. Pensó cambiar de conversación, pero en ese momento la puerta se abrió y dos policías entraron.

Al instante, todos se alertaron. Pero si alguno había tenido la idea de escurrirse hacia la puerta, perdió pronto las ganas cuando uno de los policías se quedó en la entrada mientras el otro avanzaba hacia el mostrador.

Y comenzaron las preguntas. Si alguien había oído algo, si alguien sabía algo, quiénes estaban allí entre las siete y las diez.

O'Myer

respondió a todo con un aspecto tan inocente como el de un bebé. Por supuesto, mucha gente había allí, aunque él era incapaz de

decir exactamente quiénes. Por supuesto nadie sabía nada, y si no que los agentes preguntasen uno a uno... Por supuesto que él allí no admitía a nadie que anduviera fuera de la ley... Si llegaba a enterarse...

Etcétera.

Uno de los policías se dedicó a tomar los nombres de todos. Cuando acabó,

O'Myer

se atrevió a preguntar:

—Es por lo de ese tipo que apiolaron, ¿no? Bueno de esos pobres tipos a los que apiolaron, ¿no?

—Sí —respondió el policía con disgusto—. Bueno, muchachos, si alguno de vosotros sabe algo y se lo calla, ya puede irse encomendando al demonio. ¿Habéis oído? Varios borrachos asintieron.

Y los dos policías se marcharon.

* * *

Al día siguiente, Matty vio el coche europeo. Así, de pronto.

Estaba en el patio de la fábrica, en el aparcadero. Lo reconoció al instante, y todo el mundo se hubiera preguntado cómo diablos pudo verlo la noche antes en la casi oscuridad, entre la nevada y a la velocidad con que movía las patas.

Era muy sencillo. En primer lugar se trataba de un «Volkswagen», marca que él conocía porque Matty había estado en Europa con las fuerzas de ocupación americanas, hacía ya veinte años. En segundo lugar que al coche le faltaba la manija que ese tipo de automóvil lleva en el capot para levantarlo.

Lo mismo que a éste. La mente de Matty había recogido el detalle, mientras corría, y ahora se lo servía en bandeja al ver a un «Volkswagen» al que también le faltaba.

Matty tragó saliva. Su mente alcoholizada estaba tratando de aunar los dos hechos. El coche... bien, podía ser el del asesinado. Pero... también podía ser el de su asesino. Había que enterarse.

Las células grises de Matty se hallaban bajo los efectos de un prolongado bombardeo de alcohol, pero aún funcionaban.

Por consiguiente, y como eran las diez de la mañana y no

nevaba comenzó a pasear de un lado a otro, arrastrando los pies, hasta que se encontró cerca del coche. Anotó mentalmente la matrícula, esperando que no se le olvidase y luego caminó en busca de una copa. Cuando iba a entrar en el bar, se removió inquieto.

No, no bebería. Quería mantenerse despejado.

Y lo estuvo, hasta que a las doce, vio cómo un hombre alto, vestido con un gabán oscuro, se metía en el coche, ponía éste en marcha y se alejaba lentamente.

Un grupo de obreros penetró en el bar, situado casi enfrente a la fábrica. Se trataba de aquellos que no comían en la cantina de la Watkins, o simplemente que preferían el café del bar al que les servían allí.

—Dispense —dijo Matty. El hombre, al que se dirigía, pequeñito y grasiento, lo miró con malos modos.

—Ni un *dime* —respondió.

—No le pido nada, señor —respondió Matty con dignidad—. Pero es que me ha parecido reconocer a un antiguo patrón. Pero no he podido hablar con él.

—Mejor para él.

—No pienso pedirle nada, señor. Sólo quería saber si ese caballero que se marchó en el coche alemán es el señor... Smith.

El hombre tenía ya su taza de café en la mano. Dio un sorbo y eso pareció mejorar su humor.

—No se llama Smith, sino Rassin, y ahora déjeme tranquilo, ¿quiere?

Cogió su taza y se la llevó a otro rincón.

Matty salió del bar.

Aquella noche esperó a que

O'Myer

terminase de leer su periódico y se lo pidió.

Leyó lentamente todo lo que publicaban sobre el crimen y luego sorprendió a Ollie pidiéndole el listín telefónico.

Buscó rápidamente en él. No había bebido una sola copa en todo el día, así que estaba razonablemente sereno, pero tembloroso por la falta de alcohol.

Allí estaba: Rassin, John L. Calle «K», 191.

No había más Rassin. Al menos, no con teléfono. Lo apuntó en un trozo de papel.

Entonces se permitió la primera copa.

Al día siguiente, a mediodía estaba parado en el 191 de «K». Vio llegar el «Volkswagen» a las doce y diez, según pudo ver en el reloj de Santa Margarita. El hombre era alto, apuesto y llevaba con soltura ropas caras.

El 191 era un hotelito rodeado de un pequeño jardín como todos los de la calle. Tenía un pequeño porche, y un garaje. En este último desapareció el coche. El hombre no salió al jardín de nuevo para entrar en la casa, lo que demostraba que el garaje comunicaba con la vivienda por otro lado.

En el buzón de la puerta, estaba escrito bien claro el nombre, la letra intermedia y el apellido. Y había algo más: las palabras *Ingeniero químico*.

Matty se alejó, arrastrando los pies.

Un poco más allá había una cabina telefónica. Se metió en ella, y marcó el número que la noche anterior había apuntado.

Una voz masculina respondió al cabo de un momento:

—¿Bien?

—¿Míster Rassin?

—Yo mismo. ¿Qué desea?

Una voz recia, fuerte, más bien dura.

—Míster Rassin, usted no me conoce. Pero ¿le gustaría que la policía se enterase de que su coche estaba parado la noche del crimen junto a la tapia de la Watkins? Mientras hablaba, y pese a la temperatura bajísima, Matty sentía correrle el sudor por la frente. Lo que estaba haciendo tenía un nombre, y un nombre que no le gusta a la policía en absoluto.

Chantaje.

Hubo un pequeño, pequeñísimo silencio.

—Repita eso, ¿quiere?

—Lo ha oído muy bien, míster Rassin.

—¿Qué quiere? ¿Cómo sabe...?

—Lo sé. La matrícula de su coche es...

Y se lo dijo.

Hubo otra pausa.

—¿Qué quiere usted? Vamos, hable.

—Por ahora, nada. Volveré a llamarle, míster Rassin.

—Espere un poco.

Matty cortó. Salió de la cabina. El sudor se evaporó de su frente, dejándolo helado. Necesitaba una copa.

Chantaje. Iba a hacer un chantaje. Y los chantajistas pueden acabar en la cárcel o en el río, con un cuchillo entre las costillas.

Pero él quería dinero. No mucho. Un poco, solo. Y solamente una vez. Luego, se olvidaría del asunto, pero antes... un poco de dinero.

Digamos... cien dólares.

No, demasiado poco. Sería mejor no ser tan pordiosero. Mil dólares...

La cantidad le produjo escalofríos. En Alemania, durante su período militar, había gastado mucho más que esa suma en *whisky*, en chicas, y en juego. Pero de ello hacía tanto tiempo... Ahora mil dólares representaban una fortuna para él.

El día se le dio bien. Recogió casi dos dólares con su «Por favor, caballero, no he comido hoy. Una taza de café...».

Se lo gastó en beber. Cuando llegó al bar de O'Myer

recogió el periódico que éste ya había tirado y comenzó a leerlo.

La policía seguía pistas... No parecía haber habido robo... El teniente Mac Auliffe había interrogado a todo el mundo en la fábrica...

La fábrica de mister Watkins, y sus socios, que proveía al ejército de multitud de sustancias químicas y venían muchas cosas más que Matty no entendió.

Pero sí entendió que la policía no parecía tener maldita idea de lo que llevaba entre manos. Al menos, ésa era la impresión que el periodista apuntaba.

Al día siguiente, a las doce y media, llamó a casa de Rassin.

Y la voz respondió casi al momento.

—Mister Rassin, lo llamé ayer. ¿Ha pensado en lo que le dije?

—Sí, ya he avisado a la policía.

Matty tragó saliva. En ese caso, estaría el teléfono controlado...

Sacó fuerzas no sabía de dónde. Ante sus ojos bailaban billetes de cinco en confuso montón.

—¿Ah, sí? ¿Y les dijo que estaba usted allí en la noche del crimen?

—Yo no. No estaba.

—Pues su coche, sí. Bien. Llamaré a la policía para saber si es verdad que les ha avisado o no.

Hubo un silencio.

—Simplemente por curiosidad: ¿qué quiere?

—Dinero por mi silencio.

—Y, por curiosidad también: ¿Cuánto?

¿Había una nota de aprensión en la voz?

—Digamos...

Ya se le iba a escapar la palabra mil. Pero ¿por qué no dos?

Y lo dijo casi antes de pensar en lo que hacía.

—Usted está loco.

—Bien, veremos si la policía lo está también.

—Escuche, usted. No tengo nada que temer, pero no quiero que me ande molestando...

Si el teléfono estaba intervenido, ya estarían tratando de localizarlo. Matty dijo:

—Tendrá noticias mías.

Y procuró que su voz sonase con el suficiente tono amenazador. Colgó.

Con un suspiro de alivio, salió de la cabina.

CAPÍTULO II

El teniente Mac Auliffe, de la policía, se quitó el sombrero.

—Siento tener que volver a molestarla, señora Quint —dijo.

—No es molestia, teniente.

La señora Quint aparentaba unos veinticinco años. Era alta, rubia, y llevaba su traje negro con gran elegancia. Mac Auliffe pensó vagamente que no debía haber tenido tiempo de hacerse uno para la ocasión. Por tanto, el traje debía proceder de su guardarropa anterior.

También se dijo que Quint, al morir, había dejado una viuda espléndida.

Ella se llevó un pañuelito blanco a los ojos. No obstante, Mac Auliffe no recordaba haber visto lágrimas en ellos.

—Tengo que hacerle algunas preguntas referentes a su marido. Ayer no me pareció oportuno, dadas las circunstancias...

—Lo comprendo, teniente. Puede preguntar lo que quiera. ¿Desea beber algo?

—No, gracias. No de servicio. Bien, señora Quint. Aquí tengo algunos datos. Su marido, Alfred Quint, tenía cuarenta y ocho años. Llevaba cinco trabajando para la Watkin. Usted había sido...

—Su secretaria, antes de casarnos, en efecto.

El pelo de la mujer brillaba a la luz de la lámpara. La sala estaba puesta con gusto y con dinero en abundancia. Bastaba pisar la alfombra y mirar los cuadros para percatarse de ello.

—Mi marido era viudo. Bueno, supongo que ya lo habrá averiguado en la fábrica.

—En efecto. Señora Quint, lo que tratamos de establecer es quién podía tener interés en la muerte de su marido.

—Yo, teniente.

Mac Auliffe la miró.

—¿Perdón?

—Teniente, vamos a poner las cosas en claro. Espero que sea eso lo que desea.

—Por supuesto, señora Quint.

—Si tratan de averiguar quién podía tener interés económico en la muerte de mi esposo, yo debería ser la primera sospechosa. Mi marido tenía un buen seguro de vida a mi nombre. Doscientos cincuenta mil dólares. Aparte del dinero ahorrado por él. Mac Auliffe puso los labios como para silbar.

—Mucho dinero.

—En efecto. ¿Tengo o no razón?

—Bien... Pero por el momento no la tendremos en cuenta, señora Quint. ¿Sabe usted de alguien enemistado con su esposo que hubiera podido...?

Ella se había sentado en un bajo diván. La falda se alzó bastante, descubriendo sus hermosas piernas.

—Pues... nadie, que yo recuerde.

Había habido una ligera vacilación. Mac Auliffe la captó.

—¿Seguro?

—Pues... mi marido se había peleado con una persona en cierta ocasión.

—¿Por qué? ¿Tal vez... rivalidad?

Ella bajó modestamente los ojos, e hizo ademán de taparse las piernas. Pero no puso demasiado interés en ello. La falda siguió donde estaba.

—Si se refiere a rivalidad amorosa, no. Difícilmente.

—¿En ese caso...?

—Profesional, teniente. Esa persona acusó a mi marido de haberle robado una fórmula química.

—¿Alguna fórmula para la fabricación de algo?

—Por supuesto. Algo relativo a... no sé, no entiendo nada de química.

—¿Dónde fue eso? ¿En la Watkins? ¿Quién fue ese hombre?

—No fue un hombre, teniente. Fue una mujer.

—¿Quién?

—Y no fue en la Watkins, sino en el trabajo que tuvo antes. Mi marido me lo contó. Aquella mujer era un químico en la Morrissey

Co.

—¿Usted la conoce?

—Por supuesto. La he visto en varias ocasiones. Una mujer muy... hermosa. Al menos eso es lo que dicen los hombres. A mí me parece... poco femenina.

—Por favor, ¿podría decirme su nombre?

—Sí. *Miss Cornel*, *Anthera Cornel*.

—¿Sigue trabajando en la *Morrissey*?

—Por supuesto. Al menos, trabajaba la última vez que supe de ella. Hace dos meses.

Estuvo en casa y habló largamente con mi marido.

Mac Auliffe tomó notas rápidamente. Se puso en pie.

—Gracias, señora *Quint*. Y... repito que lo siento.

—Gracias, teniente. Si en algo puedo ayudarle...

Mac Auliffe retuvo el deseo de bajar la mirada hacia las soberbias piernas.

—Pues... lo tendré en cuenta, señora *Quint*. ¿Nadie más que pudiera estar enemistado con su marido?

—Que yo sepa, no.

—Éste... ¿sabe usted cómo se resolvió esa pelea entre su marido y *miss Cornel*?

—Pues... no lo sé. Sí sé que no hubo juicio. Quizá llegaron a una avenencia. No lo sé. Mi marido me dijo que habían estado hablando, no peleando. Pero no añadió nada. Me refiero a la última vez que se vieron, aquí.

—Gracias.

Mac Auliffe tenía treinta años, era alto, de pelo negro y ojos azules. Y sentía una fuerte inclinación hacia las mujeres altas, rubias y bellas aunque fuesen viudas.

Sonrió y extendió la mano. Ella se la estrechó. Se había olvidado del pañuelito.

«He aquí una viuda muy poco inconsolable», pensó mientras subía al coche y conducía hacia la *Watkins*.

Stables, el director, lo esperaba en su despacho.

Se estrecharon las manos. El hombre parecía cansado. Las gruesas bolsas que había bajo sus párpados tenían un color violeta oscuro.

—¿Alguna novedad, teniente?

—Por el momento, ninguna. Míster Stables, ¿sigue usted seguro de que debió ser un ladrón?

—Pues... francamente, no veo qué otra razón podría haber. Intentó robar en el despacho de Quint, éste lo sorprendió, lucharon y...

—Dispense, pero creo que la última vez no entendí bien. Al parecer, Quint guardaba algunas cosas en su despacho, documentos...

Stables alzó una mano en el aire.

—No documentos. Informes sobre procedimientos de fabricación, y las bases para productos en estudio.

—Cosas... ¿secretas?

—Siempre son secretos los procedimientos de fabricación para productos nuevos, lo mismo que las fórmulas, etc.

—Y, ¿han comprobado si falta algo?

—Están haciéndolo todavía. Míster Rassin lo está comprobando.

—¿Podría hablar con él?

—Por supuesto. Voy a llamarlo.

—Un momento. Luego hablaré con él. Antes quisiera saber una cosa. La señora Quint me ha dicho que su esposo tuvo en cierta ocasión unas diferencias con un químico, *miss*...

Consultó sus notas.

—*Miss* Cornel. De la Morrissey.

Stables asintió con la cabeza.

—Estoy enterado de ese asunto, teniente. *Miss* Cornel acusó a Quint de haberse aprovechado de una fórmula suya.

El teniente hizo un gesto.

—Dispense a un ignorante, míster Stables. ¿Cómo fue eso?

—Muchas veces, dos personas, dos investigadores, dos grupos de investigadores, llegan súbitamente al mismo resultado. Esto es fácil. Conocida por mucha gente una línea de investigación, pueden obtener resultados idénticos o casi idénticos, en un momento dado, sin que ello signifique se hayan aprovechado unos de los trabajos de otros. Al parecer, *miss* Cornel no tuvo esto en cuenta y perdió los nervios. Acusó a Quint de haber utilizado una de sus líneas de trabajo para conseguir algo que Quint había resuelto.

—¿Se sabe si en efecto, se aprovechó?

—Pues... no lo sé, teniente. Parece que no, ya que no hubo

querella.

—Un momento. Cuando un investigador hace un descubrimiento, ¿no pertenecen los resultados a la empresa en cuya nómina está?

—Sí, por lo general, pero el caso es que en ese momento Quint no se hallaba sujeto a contrato. Trabajaba por su cuenta. Poco más tarde, pasó a trabajar con nosotros.

—En ese caso, la fórmula, el producto, lo que sea, ¿les pertenece a ustedes ahora?

—Pues... sí. Quint la puso a nuestra disposición, bajo el acuerdo de percibir una parte de los beneficios que se obtuvieran de su explotación.

—Comprendo. En fin, la Morrissey se quedó sin la licencia de explotación.

—Sí. Y *miss* Cornel es una de las accionistas de la Morrissey. El teniente Mac Auliffe asintió.

—Comprendo. *Miss* Cornel perdía bastante, ¿no?

—Pues... sí.

Stables no parecía nervioso, pero sí cauto.

—Una última pregunta, míster Stables. Si alguien robó algo de lo que Quint tenía, ¿podría explotarlo?

—Por supuesto, no. Pero sí aprovecharlo para futuras líneas de trabajo.

—Ya. Bien, puede usted llamar a...

—Rassin.

Rassin era un hombre alto, de unos cuarenta años, con pelo oscuro y sienes canosas.

Su cara estaba tostada por el sol y parecía muy en forma.

Estrechó la mano del teniente con un apretón enérgico.

—¿Cómo está, teniente? Supongo que quiere saber si hemos encontrado algo ya.

—Pues, sí.

—Nada. No parece faltar nada. Pero, naturalmente, yo no sé exactamente qué número de expedientes tenía Quint en su despacho. Habrá que revisar los archivos, y convocar una junta de todos los técnicos para saber si falta o no falta algo a alguien.

—¿Hay muchos ingenieros químicos, técnicos, aquí?

—Cerca de treinta. Unos...

—Treinta y seis —dijo Stables. Mac Auliffe silbó tenuemente.

—Ya. Bien, y eso paralizaría mucho los trabajos.

—No necesariamente. Pero llevaría algo de tiempo.

—¿Lo van a hacer?

—Por supuesto —dijo Stables—. El organigrama y el *planning* de carga nos permitirá hacerlo más fácilmente.

Mac Auliffe miró a Rassin. Éste fumaba ininterrumpidamente, sin saborear el tabaco. Disimuladamente, el teniente le miró las manos. No estaban completamente firmes. Se puso en pie.

—Bueno, gracias.

—¿Qué hay de la autopsia? —preguntó Stables.

—Muerto de un balazo en el corazón, disparado a una distancia de unos cinco pies, quizá seis.

No dijo más. Pero lo había. La bala había sido disparada en línea horizontal, era del calibre 38, y no había pasado por el cañón de un silenciador.

—¿Y ese pobre hombre... Bill Cussins, el portero?

Mac Auliffe se encogió de hombros.

—Lo mataron de un golpe con una barra de hierro. Un golpe asestado por detrás.

—Tenía mujer y un par de hijos mayores —dijo Stables—. Nosotros nos ocuparemos de la viuda. Y estamos dispuestos a ofrecer mil dólares a quien ayude a aclarar el caso.

Rassin había encendido su tercer cigarrillo. Mac Auliffe les estrechó la mano y salió del despacho.

En la jefatura le avisaron de que alguien estaba esperando para verlo.

—¿Quién?

—No ha querido dar su nombre, pero dice que es importante.

—Que pase.

Un hombre de mediana estatura, de cuerpo grueso y cara roja, entró. Alargó la mano.

—¿Teniente Mac Auliffe? Usted está al cargo de la investigación por lo sucedido en la Watkins Inc., ¿verdad?

—En efecto.

—Mi nombre es Whooper. Mayor Nathan Whooper y deseo hablar con usted. Es muy importante.

—Siéntese —respondió Mac Auliffe.

Matty Matheson llevaba varias horas sin beber. Y eso siempre le producía una sorda irritación contra el mundo.

Dado el hecho de que comenzaba a considerar aquellos dos mil dólares como cosa propia, se irritaba ante la idea de que aún no podía gastar ni uno solo de ellos.

—Al diablo —dijo en voz alta—. Ese tipo no se va a reír de mí. Vamos a ver si es verdad que ha avisado a la policía, o no.

La vista de un policía que paseaba por la acera le hizo meterse rápidamente en una callejuela. El agente no lo vio y pasó de largo.

Y entonces Matty se introdujo en una cabina telefónica y marcó el número que ya tenía indeleblemente grabado en la memoria.

Eran las nueve de la noche. Se había prohibido a sí mismo beber para poder tener la cabeza bien ligera y claras las ideas. Pero las manos le temblaban. No obstante le parecía que su plan no podía fallar.

—¿Bien?

—Escuche, Rassin, ¿tiene usted los dos mil dólares?

—No, por supuesto que no. Pero usted sí tiene un pie en la cárcel, amigo.

La mención del siniestro edificio acongojó a Matty, pero no le hizo desistir.

—¿De veras? Muy bien. Esta misma noche la policía lo va a saber. Y a ver cómo lo explica usted.

—No tengo nada que temer.

—Eso es cosa suya. Adiós.

—Espere un poco. Puedo explicar lo del coche.

—Hágalo a la policía cuando vaya a verlo.

—No deseo hacerlo. Pero puedo charlar con usted.

Aun los sentidos embotados de Matty percibieron urgencia en su tono.

—Ni hablar de eso, amigo. Si esta misma noche no me entrega quinientos, dólares a cuenta, la policía lo irá a visitar muy pronto.

—No tengo esa cantidad. Sólo dispongo de cien dólares.

—No quiero discutir. ¿Conoce el Madelon Theatre?

—Sí.

—Pues a un lado de la entrada, bajo el cartel, hay una papelera.

Deposite allí los quinientos dólares en un sobre y aléjese. Váyase inmediatamente.

—Le he dicho que no tengo los quinientos. Sólo puedo disponer de..., digamos doscientos.

Incluso esa cifra, ahora que ya contaba en miles, le pareció suficiente a Matty. Por el momento, claro. Podría beberse una botella entera de «White Horse». Enterita. La boca se le hizo agua.

Tosió para aclararse la garganta.

—Haga lo que le digo. Pero tiene que ser cinco minutos antes de la salida del público. ¿Me ha entendido? No lo haga así, y ya puede irse preparando, amigo. No bromeo. —Está bien. Lo tendrá. Pero me gustaría hablar con usted. Tal vez podríamos llegar a un acuerdo.

—El único acuerdo es que suelte los machacantes.

Y tal y como le he dicho. ¿Entiende?

—Sí.

—Andando, pues. Y no lo olvide: deje el dinero y lárguese.

Colgó.

Matty conocía bien el lugar. A las nueve y media, el público salía como un río del Madelon, llenaba la acera, paraban los taxis, se arremolinaban los que querían cogerlos... Un lío, un auténtico lío. Ésa sería la ocasión de recoger el sobre sin que nadie se diese cuenta.

Y además de todo, enfrente del teatro estaban las obras de un nuevo gran mercado de Woolworth. Él podría esperar allí, a la sombra, para ver lo que ocurría.

Por tanto, caminó arrastrando los pies hacia la calle Lafayette. El frío era intenso y probablemente nevaría pronto.

Decir que Matty estaba tranquilo hubiera sido mentir descaradamente. Tenía miedo, mucho miedo, pero la miseria es más fuerte que el pánico. Tenía que beber algo. Urgentemente. Una sola copa para darse ánimos.

Encontró un bar en Lafayette esquina a Dean. Tomó una copa de un sorbo, y, sin proponérselo siquiera, pidió una segunda. Ésta le acabó de entonar. Una nubecilla rosada apareció en su negro horizonte.

Doscientos machacantes... para empezar. Se compraría un traje, se haría cortar el cabello, una camisa... Parecería otro hombre.

Aunque... no, no debería parecer otro hombre, o los compadres de la taberna de O'Myer podrían sospechar.

No, lo que debería hacer era buscar algún lugar nuevo donde guarecerse y donde beber, un sitio en el que nadie lo conociera y a nadie extrañase verlo convertido en un hombre adinerado.

Llegó frente al teatro Madelon. Ni siquiera el portero estaba en la calle. Pasó junto a la papelería, bajo el enorme retrato de Sharon Tate y echó una ojeada rápida. No se veía sobre ninguno entre los escasos papeles arrojados allí por los transeúntes.

Cruzó la calle en el momento en que un automóvil llegaba velozmente y estuvo a punto de ser arrollado por él.

Luego, entre las sombras de la tapia de lo que había de ser un nuevo Woolworth comenzó su espera.

Sabía que la gente estaba ya a punto de salir y comenzó a ponerse nervioso. ¿Se vería al fin y al cabo obligado a llamar a la policía? No lo deseaba. No lo quería, pero si lo obligaban... Si querían arrebatarle su dinero...

Vio el «Volkswagen» detenerse casi en la esquina y el corazón le dio un salto. Ya estaba allí. Ya había llegado el momento.

Miró a un lado y otro de la calle. Nadie. Nadie, sino un hombre que acababa de descender del coche y que se acercaba lentamente por la acera opuesta.

Matty se fue encogiéndose, pidiendo a Dios convertirse en invisible. Sabía que no sería fácil descubrirlo desde la acera opuesta, pero..., ¿y si Rassin veía en la oscuridad? ¿Y si... lo distinguía, cruzaba y...?

Tragó saliva y tembló, no precisamente de frío.

Vio a Rassin acercarse al Madelon, destacarse bajo el fuerte colorido de Sharon, tapar los labios de la actriz con su sombrero y continuar. ¿Acaso no se había detenido? ¿Acaso el muy bastardo no había depositado nada en la papelería?

Rassin continuó su camino despaciosamente. Desde donde estaba, Matty no podía ver si el otro miraba hacia él, o no. Las alas del sombrero, bajadas, se lo impedían.

Unos deseos incontenibles de echar a correr le invadieron cuando observó cómo Rassin comenzaba a cruzar la calle,

diagonalmente, y... dirigiéndose hacia él.

Apretó tanto la tapia con la espalda que le pareció que debía fundirse con aquélla.

Ahora tiritaba violentamente.

Rassin llegó a la acera y comenzó a desandar el camino. Lentamente, muy lentamente.

Matty rezaba pocas veces. Esta vez rezó. «Oh, Señor, permite que ese bastardo se caiga y se rompa una pierna. Ahora, Señor, ahora mismo...».

Y en ese momento, se abrió la puerta del Madelon, un raudal de luz cayó sobre la acera y la gente comenzó a salir.

Rassin se volvió. Dos taxis aparecieron como salidos de la nada y se detuvieron ante el teatro. Un grupo de personas se abalanzó hacia ellos y Matty, lanzando un estertor de miedo y de alegría al tiempo, avanzó hasta mezclarse con ellos. Un momento después estaba tapado por veinte, cincuenta, cien cuerpos.

Tropezando con unos y con otros, avanzó hacia la papelera.

CAPÍTULO III

—Teniente —dijo el mayor Whooper—. La misión que me trae es... muy delicada.

Mac Auliffe esperó mientras ofrecía al otro un cigarrillo y los encendían ambos.

—Verá. Nos hemos enterado de la muerte de míster Quint.

—¿Nos?

—Pertenezco a la comisión de compras del Pentágono. Precisamente a la sección que se ocupa de la adquisición de productos químicos con destino a la defensa. —Comprendo— dijo Mac Auliffe, que aún no entendía gran cosa.

—Podíamos habernos puesto en comunicación con el FBI o con la CIA, pero, francamente, no vemos aún la necesidad, y ya se sabe que esos organismos acostumbran a utilizar un motor de cuarenta caballos para mover el juguete de un niño.

—Se dan bombo, vamos —dijo Mac Auliffe.

—O se lo dejan por otros. Por eso hemos pensado llevarlo lo más en silencio posible.

—Comprendo. En ese caso debo entender...

—Lo que sí he hecho ha sido alertar al Servicio de Inteligencia del Ejército, por si acaso resultasen necesarios sus servicios, pero confío en que no.

Aquello iban siendo demasiados servicios secretos y demasiados secretos. Pero Mac Auliffe se dijo que no debía apremiar al otro.

—Y bien...

—Bien, teniente. La Watkins trabajaba para nosotros. Es decir, fabrica un producto que, unido a otros, nos presta grandes servicios.

—¿Qué producto?

—Ts, ts, teniente. Secreto.

—Comprendo. No debo preguntar.

—No es eso. Yo le daré las explicaciones que considere le resultan necesarias para su labor.

—De acuerdo. —Comenzaba a encontrar un tanto pomposo al hombre, pero se guardó bien de darlo a entender.

—El caso es que dicho producto, inofensivo por sí mismo, es altamente eficaz en compañía de otros. Eficaz para la defensa, claro.

—Por supuesto.

—Y, he de decirlo, ese producto final se está utilizando en el sudeste de Asia. Se trata de uno de los gases paralizadores empleados para imposibilitar a grupos de enemigos en la jungla. Usted ya sabe.

Mac Auliffe sabía. Gases nerviosos, hilarantes, etc. Y esperó.

—El producto que adquirimos a la Watkins es altamente eficaz. Otros parecidos podrían habernos sido suministrados por distintas compañías, pero hemos preferido éste por su acción sumamente enérgica, al tiempo que poco peligrosa.

—Un momento, mayor. ¿Se refiere usted a una patente del doctor Quint?

—Pues... tengo entendido que sí.

—Comprendo. En ese caso, ustedes temen que su muerte esté relacionada con la importancia de ese producto para la defensa.

—Exacto. Confío, teniente, en que ni una sola palabra de lo que aquí hemos estado hablando saldrá de este despacho. Imagínese cómo utilizarían otros países una información semejante. Dirían que no solamente no es inocuo para la salud, sino que por el contrario, etcétera, etcétera. ¿Comprende?

—Por supuesto. Comprendo.

—Por eso, deseamos que la policía impida a los de la Watkins que hagan publicidad alguna sobre dicho producto. Ya sabe, se habla a los periodistas, se les dice que el doctor Quint era el descubridor de una fórmula, y ya tenemos el lío armado.

¿Comprende?

—Por supuesto. ¿Han hablado ustedes con Stables?

—He hablado con él.

—No me ha dicho nada.

—Por supuesto que no. Yo le dije que no lo hiciera. Pero quería que estuviera usted advertido.

—Por cierto, mayor. ¿Acaso esa fórmula es la misma por la que míster Quint y otro químico tuvieron una diferencia?

—Pues, algo he oído.

—¿Han advertido a esa otra persona?

—Aún no. Comprenda, lo que a nosotros nos interesaba era que lo supieran los de la Watkins y usted como encargado de las investigaciones.

—Bueno, pero, una cosa, mayor Whooper. Si el asunto trasciende al FBI o algo por el estilo, nos vamos a ver en una situación un poco... delicada. Me refiero, como es lógico, al Departamento de Policía.

—No se preocupe por eso. Ya se entendería Inteligencia Militar con ellos.

—De acuerdo. Bien, ¿en qué puedo ayudarle, además?

—Por el momento en eso. Que no trascienda nada a los periodistas.

—De acuerdo, creo que eso podemos garantizárselo... en lo posible, y siempre que alguien de la Watkins no se vaya de la lengua.

—Le hemos dicho a Stables que rescindiremos el contrato de compras si eso ocurre.

Por la cuenta que le tiene, espero que sabrá coserse la lengua.

Se puso en pie.

—Bien, teniente Mac Auliffe, muchas gracias por todo.

—De nada, mayor Whooper. Me mantendré en contacto con los periodistas. Como es natural no les prohibiré dar ciertas noticias, sino que les taparé la boca con otras.

—¿Tienen alguna pista? En serio, no lo que le van a decir al público, sino alguna pista seria.

—No, mayor. Ninguna importante. Pero esto que usted me acaba de revelar abre algunos campos nuevos. Me parece que voy a hacer una visita a cierto químico de la Morrissey.

—Hágalo si le resulta necesario para su trabajo, pero déjenlos al margen del asunto. Lo haré.

El mayor Whooper le estrechó la mano y salió del despacho después de decirle que se mantendría en contacto con él.

Apenas se marchó, el teniente cogió el teléfono.

—¿Míster Stables? ¿Estuvo a verlo un jefe del pentágono?

La voz de Stables sonaba más cauta aún que cuando se vieron.

—¿Lo ha visto usted?

—Sí.

—Bien, en ese caso... él me dijo que tal vez se entrevistase con usted. Creo que es un poco alarmista, pero... con el Gobierno ya se sabe.

—Sí, ya se sabe. ¿Qué se sabe?

—Bien, usted lo ha dicho...

—Yo no, usted.

—¿Puede alejarnos a los periodistas?

—Puedo... si no son demasiado olisqueadores. ¿Han terminado el examen de los expedientes y todo lo demás?

—El ingeniero Rassin no ha podido hacerlo, debido a que tenía algunos asuntos personales a que atender. Pero mañana piensa convocar una reunión de todos los técnicos para pasar lista a los asuntos y ver en qué punto está cada uno de los trabajos. Ello nos dará una idea un poco más clara.

—Yo creí que eso podrían hacerlo en los archivos —dijo el teniente—. Pero en realidad soy un analfabeto en esas cuestiones.

—Es mejor como yo le digo —insistió Stables—. El doctor Rassin es un hombre muy capaz.

Mac Auliffe colgó y dio unos golpecitos en la mesa. Luego, llamó a uno de sus agentes. —En la calle Cochrane esquina a Kosziusko— dijo. —*Mistress* Quint. Viuda.

—Ya lo sé.

—Cállese y hable cuando le pregunten. Siganla. Túrnense usted y otro para hacerlo, pero que no esté sola en la calle ni un minuto. ¿Entendido?

—Cómo no, teniente.

Luego, cogió el anuario y lo hojeó.

La Morrissey tenía situada la fábrica a unas diez millas del centro de la ciudad, en un lugar bastante bueno, casi en las faldas de las Montañas Blancas.

Quitó la placa que indicaba «presente», en la puerta de su despacho y se dirigió a Muchcki Hills. Ya desde lejos vio las chimeneas de la fábrica, que manchaban aún más el cielo cubierto de nubes blancas.

Aparcó el coche y se dirigió a recepción. Una esbelta muchacha

rubia le preguntó qué deseaba.

—Ver a la doctora Cornel. Vengo de la Jefatura de Policía.

Y le enseñó la placa.

La muchacha habló en voz baja y suave por el interfono y luego se volvió hacia él.

—La puerta de enfrente, por favor.

La abrió y cayó en manos de otra secretaria, igualmente esbelta y eficiente.

Por fin, se encontró en un despacho alfombrado y donde reinaba una temperatura casi glacial.

—¿Doctora Cornel?

—Yo soy.

Una mujer de unos treinta años, de pelo oscuro y ojos azules, lo miraba desde detrás de la mesa. Tenía lentes de gruesa armadura, pero que le sentaban muy bien. Se los quitó.

—¿Y bien, agente?

—Teniente Mac Auliffe —respondió éste. Había pensado quitarse el gabán, pero desistió. Diablos, aquello parecía una sucursal de Alaska.

—¿No tiene frío?

—No. Bien, teniente, ¿en qué puedo servirle?

—¿Ha leído usted los periódicos?

—Leo algunos, pero no por completo. Únicamente lo que me interesa. ¿Es ése el objeto de su visita? ¿Preguntarme si leo los periódicos?

—Por supuesto que no. Lo que quiero saber es si se ha enterado de lo que ha ocurrido en la Watkins.

—¿La muerte de Quint? Sí.

El tono era tan frío como la habitación. Mac Auliffe comenzó a irritarse.

—Entonces ya sabe que Quint ha sido asesinado.

—Sí.

—Y que se supone que un ladrón intentó robar, fue sorprendido por el doctor y entonces mató a éste.

—Eso es lo que dicen los imbéciles de los periodistas.

—Dígame entonces lo que opina usted, doctora.

—No opino.

—Bueno, en ese caso, le ruego que me hable de sus diferencias

con el doctor Quint.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Por favor, las preguntas deseo hacerlas yo.

—Pues cuanto más sensatas mejor.

Deliberadamente, Mac Auliffe sacó un cigarrillo y lo encendió. Nadie le había mandado sentarse, pero lo hizo. La silla era dura.

—El caso es que alguien me ha hablado de ello. Bien, doctora. ¿Por qué se pelearon Quint y usted?

—No nos peleamos.

—Pero tuvieron unas diferencias. Usted lo acusó de robo.

Estaba empleando las palabras más crudas, para sacarla de su suficiencia. Esta vez casi lo logró.

—No hice tal cosa.

Ella se había puesto de pie. Llevaba una bata blanca, pero lo suficientemente corta como para que Mac Auliffe viese que su falda lo era también. Tenía las piernas perfectas, redondeadas en las pantorrillas y engrosando por encima de las rodillas. No llevaba minifalda, pero podría llevarla con entera tranquilidad.

Su acento era esta vez contenido, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobre sí misma.

No hubo tal pelea, y yo no lo acusé de robo.

—Hay opiniones.

—¿La de quién?

—¿Quiere contestar a mis preguntas, o no, doctora? De lo contrario, me veré obligado a citarla en la Jefatura.

—¿En razón de qué?

—En razón de que usted tuvo diferencias con el doctor Quint, y éste ha sido asesinado —respondió con tranquilidad.

Ella dio un corto paseo por el despacho, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué es exactamente lo que quiere saber?

Se había parado ante él. Casi inconscientemente, Mac Auliffe hizo una corta comparación entre ella y la viuda de Quint. La doctora no salía en absoluto perdedora.

Tenía el pelo oscuro, castaño rojizo. La piel tostada por el sol o por la lámpara de cuarzo, la cintura estrecha y las caderas amplias. Sus manos eran grandes. Los ojos azules o azul verdoso, no lo veía bien.

—Doctora, según mis informes, Quint y usted tenían intereses comunes sobre una... fórmula o una sustancia, no lo sé bien.

Ella sonrió.

—Qué manera más... diplomática y más inexperta de decirlo. Antes me dijo que yo le había acusado de robo, ahora que teníamos intereses comunes... Mágico poder de la palabra. ¿Quiere saber lo que pasó?

—Naturalmente. Bueno, escuche, doctora, lo que quiero saber es si lo que ocurrió podía convertir en enemigos a usted y al doctor Quint. Comprenda mi posición. Ha sido asesinado y yo estoy encargado de la investigación del caso.

—¿Han preguntado a su esposa?

—Por supuesto.

—Ella era una de las que más interés tenían en la desaparición de Quint.

Mac Auliffe retuvo una sonrisa. Sacó el paquete de cigarrillos y le ofreció uno. Ella lo rechazó con un gesto. El teniente encendió el suyo.

Lanzó una bocanada de humo.

—Ya nos los dijo.

—¿De veras? Encantadora. Muy encantadora. Tanto como una gata en la puerta de una ratonera.

—Ella tampoco parece sentir mucha simpatía por usted.

—Eso habla mucho en mi favor, espero.

—¿No cree que nos hemos desviado? Por favor, doctora, ¿se querelló usted con Quint?

—No. Me convencieron de que no, pese a que yo sabía que él se había aprovechado de mis trabajos.

—Él era mayor que usted, doctora. ¿Eso no da experiencia?

—Sí, pero no talento. Y Quint no era un genio. Una hormiguita trabajadora, pero no un cerebro brillante. Lamento haber pronunciado la palabra genio. Eso no es serio desde el punto de vista de la investigación. Pero sí le diré una cosa: Quint tenía una facilidad asombrosa para apropiarse de los trabajos que había hecho junto con otros y presentarlos como si fueran solamente suyos. Sabía perfectamente en qué momento debía detener una investigación, separarse de ella y luego continuarla por su cuenta.

Llegado a este punto, patentaba su producto, y... ahí os quedáis

todos.

—¿Está usted hablando como científico o como accionista de la Morrissey?

Ella le lanzó una larga mirada por entre sus espesas pestañas rojizas.

—Es muy difícil —dijo lentamente—, para un lego en la materia conducirse como lo hace usted, teniente. No tan fácil si se mira desde el punto de vista de uno de nosotros. Quint era un aprovechón. Si no lo demandé ante los tribunales, fue porque mis compañeros y... también mis compañeros del Consejo de Administración, me previnieron en contra. Por mí, lo hubiera llevado a los tribunales.

Su voz había tomado un tono ronco.

—Deme uno de esos malditos cigarrillos.

Mac Auliffe se lo dio. Con cierto asombro, se dijo que la estaba admirando. No podía saber si hablaba en serio o fingía, pero si era esto último, ¡qué magnífica actriz!

—Gracias, doctora. Usted lo vio hace poco tiempo, ¿verdad? — En su casa. Hace dos meses, aproximadamente. Coincidía.

—Y... ¿De qué hablaron?

—Le dije que renunciaba a un proceso, pero que me ocuparía de que su nombre fuese bien conocido en todos los medios químicos y farmacológicos del país. Se rió.

Hizo un gesto.

—Se echó a reír. Debo reconocer que era un hombre de temple. O de rostro duro, como quiera. El caso es que no pareció preocuparse. Dijo que nadie tenía la culpa si él se adelantaba a los trabajos de los demás. Y algunas otras tonterías por el estilo.

—¿No intentó usted hablar con los de la Watkins?

—Lo hemos hecho varias veces, pero Stables es un pez frío. Ha conseguido un buen encargo del Gobierno y quiere explotarlo al máximo.

—Por cierto: ese encargo se basa en el producto en litigio entre ustedes, ¿no? —Sí, por supuesto. Quint fue admitido en la Watkins precisamente para que ésta pudiera hacerse con la fórmula.

—Comprendo.

—Éste... perdone.

Se dirigió hacia uno de los testers de la habitación y abrió la

puerta de un armario de estilo colonial.

—¿Quiere tomar algo?

Mac Auliffe estaba acostumbrado a los deportes de nieve, pero la temperatura de aquel despacho estaba haciendo castañetear sus dientes hacía un rato.

—Estoy de servicio, pero... ¡diablos, doctora! Esto es... la Siberia.

—Perdone. No soporto el calor mientras trabajo. Es ya una costumbre. Pero eso no quiere decir que no me permita un trago de vez en cuando.

Sirvió dos «Bourbons», generosamente.

—¿Con hielo?

—¡Cristo, no!

—Yo tampoco.

Lo comprendo.

—Creo que no.

—¿Cómo?

—Si usted tuviese que estar durante horas y horas en un laboratorio a temperatura constante... y elevada, le gustaría algo de frío, para variar.

—Afortunadamente soy un pobre detective, solamente. ¿Le gusta esquiar?

—Mucho. ¿Por qué?

—A mí, también. Quizá alguna vez nos hayamos visto allá arriba, en Talley Pike. —Voy algunas veces a la estación, pero tengo mi propio chalet en las laderas de Clooney.

—Lo conozco bien. Quiero decir el lugar.

Ella sonrió. Se bebió el *whisky* de un trago.

—Vamos, teniente, a estilo vaquero. Una, dos, tres y verle el fondo al vaso.

Mac Auliffe le vio el fondo al vaso.

—Gracias. Hay allí varios *cottages*.

—El mío es uno de color castaño, con los quicios de las ventanas blancos junto al bosque en el que comienza la primera prueba de *slalom*.

Mac Auliffe lo conocía.

—No se debe aburrir en los fines de semana.

—No, por cierto.

—¿Sola?

El gesto de la doctora se endureció. Cerró los labios.

—¿Ha acabado, teniente?

—Pues..., yo diría que sí.

—En ese caso, buenos días.

Mac Auliffe se puso en pie. Tenía seis pies y dos pulgadas de estatura, rostro claro de escocés, y barbilla bien pronunciada, con un hoyo en medio. Ello le hacía no tener complejo alguno ante ninguna mujer. Algunas lo habían odiado, otras amado, pero sabía por experiencia que a ninguna le había resultado indiferente.

—Gracias, doctora. Quizá nos veamos el fin de semana allá arriba.

—Lo dudo.

—¿No va a ir?

—Buenos días.

—Adiós, doctora. Si necesito algo de usted...

—Llámeme por teléfono.

Ahora había llegado el momento de demostrarle que no sólo era un hombre, sino también un policía.

—O vendré a verla. Depende.

Ella lo miró irritada.

—Estoy muy ocupada.

—Y yo. Y la policía no espera, doctora.

Cogió el sombrero y salió.

CAPÍTULO IV

Le costó trabajo, pero logró abrirse camino hasta la papelería. Recibió empujones, maldiciones e insultos, pero «lo logró».

Se colocó de espaldas a la cesta de metal, con el corazón latiéndole como un

tam-tam

africano. Diablos, diablos y diablos, ¿estaría o no estaría allí el sobre?

Y mientras lo pensaba, miraba a la multitud que continuaba saliendo y que cubría la calle. ¿Qué habría sido de Rassin? ¿Podría verlo desde la otra acera? O... ¿no habría cruzado ya la calle y en ese momento estaría cerca de él, observándolo?

El solo pensamiento le hacía temblar. Lo llenaba de pánico.

Pero había que decidirse.

Se volvió y miró a la papelería. Encima de él. Sharon Tate sonreía en su última película. Poco tiempo después estaría descuartizada. Como... como él, si alguien, Rassin o algún otro —se paga a asesinos para matar a las personas, ¿no?—, conseguía alcanzarlo.

«Allí estaba».

Blanco, muy blanco, entre el montón de papeletas amarillas ya usadas.

Metió la mano en la papelería y sacó el sobre. Una mujer lo empujó.

—¿Es que no puede andar? —rezongó la mujer. Llevaba un abrigo de pieles y tenía una cara ajada.

—Lo... siento.

Pero ya lo tenía. Ya estaba en su mano. Ya estaba en el interior de su chaqueta, y ya él se abrió paso de nuevo entre la gente.

«Toma un taxi —dijo una vocecilla en su interior—. Un taxi. Eso es lo que debes hacer».

Pero no había ninguno. Y, ¿qué bastardo de taxista iba a cogerlo a él, cuando había tanta gente bien vestida que hacía señas frenéticas para que alguno parase?

Se escurrió junto a la tapia del cine, cruzó la puerta como pudo y logró llegar al otro lado. Un portal, un comercio cerrado, otro portal.

Y el público empezaba a clarear. Ya era una maldita hora de que sucediese.

Refrenó los deseos de echar a correr. No. Tenía que comportarse como si acabase de salir del cinematógrafo. Tranquilo. A paso ligero por el frío, pero... tranquilo. Con aspecto de prisa, pero... tranquilo.

Llegó a la primera esquina. Aquella noche tendría que ir de nuevo a la taberna de

O'Myer.

No podría encontrar alojamiento, con aquellas ropas.

Es decir..., quedaba la casa de Myra Zowieski. Myra..., sí, ella seguramente podría alojarlo si le pagaba bien. La tarifa era un dólar por noche, pagados al contado, y para dormir con otros diez tíos. Pero eso no importaba. Lo que tenía que hacer era encontrar algún lugar en que le vendiesen una botella de «Caballo Blanco», y ya se encargaría él de repartirla con Myra. Total, si llevaba la botella comenzada, siempre podría decir que la había encontrado en un cubo de desperdicios. Un borracho que arroja una botella por la ventana...

Las calles estaban ya casi solitarias. Myra Zowieski vivían en Carleton, al final de Proctor. Representaba veinte minutos hasta llegar allá, pero mientras compraba la botella y la aligeraba en cuatro o cinco tragos...

Había llegado a la baja tapia del parque. Un poco más allá, doblando a la izquierda, estaba la plaza Illinois. Dos bocacalles a la izquierda, Proctor, cuesta abajo, hacia el río. El Capistrano, el Flamingo...

Y luego el triángulo del barrio negro.

Y más allá, pero muy poco ya, el Drive. Allí estaba la casa de Myra.

Total, muy poco más.

Pero diablos, el jardín de plantas, el parque, estaban demasiado oscuros. Y la gente parecía haberse disuelto en el aire.

Casi a la carrera contorneó la valla del parque, y se preparó para cruzar la calle. Los semáforos estaban contra él.

Sabía que a esas horas una noche de invierno, saltarse un semáforo significaba posiblemente la muerte, por aplastamiento, por choque que lo lanzaría al aire, por... diez clases distintas de muerte y él no quería morir.

Y entonces se le ocurrió.

«¿Habrán doscientos dólares en el sobre?». El solo pensamiento lo cubrió de sudor.

¿Por qué no verlo?

Colocado bajo el semáforo, sacó el sobre y metió los dedos en él, palpitándole el corazón como un pájaro cazado en la red.

Bueno, el primero era un billete de cinco. Y los otros...

Dio un suspiro de alivio. Se apoyó en el poste del semáforo, jadeando.

Y luego, de pronto, sonrió.

Sí, lo había conseguido. Ya lo tenía. Lo había conseguido.

Era la demostración de que él no estaba acabado. Durante casi diez años lo había pensado así, había vivido con la completa certidumbre de que ya había ingresado en la legión de los fracasados, de los que ya jamás levantarán el vuelo. De los *tramps*.

Y ahora...

Levantó la cabeza. El semáforo cambió al naranja...

Y el «Volkswagen», se detuvo a su lado.

Al principio no lo reconoció. Estaba demasiado ocupado consigo mismo para apercibirse de qué clase de coche acababa de frenar junto al cordón. Lo supo cuando la portezuela se abrió y una mano asomó por ella.

Era tarde para echarse atrás. Se sintió cogido por la solapa de la chaqueta y atraído hacia el interior del vehículo antes de poder darse cuenta de lo que ocurría.

Y entonces intentó resistir, poniendo el pie en el estribo. Una reacción puramente mecánica, pero que no le sirvió. Era tarde ya. Primero pasó su cabeza, luego su torso y por fin cayó dentro, quedando solo los pies fuera.

—Si haces un solo movimiento, te mato —dijo una voz.

En lo que menos pensaba Matty era en hacer algún movimiento que pudiera tomarse como una amenaza. Pero la postura en que estaba, la cabeza hacia abajo, los pies fuera del coche, y el pecho chocando dolorosamente contra el borde del asiento, era demasiado incómoda. Tenía que moverse.

No tuvo que resolver él el problema. Alguien lo hizo. El hombre que estaba ante el volante lo alzó en vilo con una sola mano y lo tiró contra el asiento. Luego, cerró la portezuela.

Y el coche arrancó.

Cruzó el semáforo y rodeó la plaza, lanzando a Matty contra la portezuela. El morro del «Wolkswagen» enfiló de nuevo hacia Lafayette.

Sólo entonces habló el hombre. Matty estaba demasiado asustado y dolorido para hacerlo.

—Así, que chantaje, ¿eh?

Matty tosió.

—¿Qué signifi...?

Una mano abandonó el volante y le golpeó en la boca.

—Cállate, imbécil. Dame ese sobre.

Matty llevó la mano mecánicamente a la chaqueta y volvió a recibir un golpe en el rostro. Sintió en la boca el gusto salado de la sangre.

—Si no me deja...

—Cierra el pico, imbécil. Bastardo, hijo de perra.

El coche corría velozmente, adelantando a los demás. Las calles se vaciaban con rapidez. Cuando llegaron a los Hights, comenzó a nevar de nuevo.

—¿Dónde..., dónde me lleva?

—A un sitio tranquilo. Donde podamos tener una charla amistosa.

Matty había oído hablar de grandes chantajes y de pequeños chantajes. Incluso de personas asesinadas por ejercerlo, pero aquello había sido una cosa remota. Ahora le estaba ocurriendo «a él».

Todo, ¿por qué? ¿Por doscientos dólares? Doscientos miserables dólares...

Sintió deseos de echarse a llorar. Esas cosas no debían ocurrirle a un hombre honrado. Se vio en el río, acuchillado. Muerto a balazos en cualquier descampado o en las montañas, o en una

barranca. Descuartizado en un tonel... Todas y cualquiera de aquellas cosas horribles podían ocurrirle a él.

Se echó a llorar.

El coche se detuvo y a través de las lágrimas, Matty vio que estaba en la casa de Rassin.

—Oiga, mire, yo...

—¡Cállate!

Rassin bajó, abrió la puerta y volvió. Metió el coche en el garaje. Una bombilla lucía en lo alto.

Y entonces el hombre se volvió hacia él.

—Ahora, bastardo, vas a hablar.

La bombilla iluminaba su rostro moreno, buido. A Matty le pareció que era el rostro de un diablo inclinado sobre él.

* * *

Mac Auliffe cerró los ojos y se reclinó en su sillón. Estaba atrozmente cansado. Ante él tenía todos los informes acerca del asunto. Fotografías, resultado de autopsias, movimientos de los posibles sospechosos... Todo.

Y nada a lo que agarrarse.

Había recorrido la fábrica desde los sótanos hasta las oficinas, se habían levantado planos... Se preguntó si se habría quedado algo por hacer, pero le parecía que no.

Y ahora eran las doce de la noche y estaba cansado. Bueno, se iría a casa.

El teléfono sonó. Lo cogió con un suspiro.

Era el hombre que había puesto sobre los pasos de *mistress* Quint. Le llamaba para decirle que la damita se acababa de reintegrar a su domicilio, justo en ese momento. Bonitas horas para una viuda reciente.

Y qué viuda. Durante unos instantes se recreó en el recuerdo de aquella enlutada figura, de sus piernas despreocupadas...

Cogió el teléfono y marcó el número de la casa de Quint.

—¿Señora Quint? Aquí el teniente Mac Auliffe.

—Teniente. ¿Hay algo nuevo? Estaba acostada y dormida.

«Embustera», pensó Mac Auliffe.

—Lo siento. Hay algo que quisiera consultar con usted.

—¿A estas horas, teniente? Bien, hable.

Mac Auliffe se sintió cogido.

—Pues..., preferiría hacerlo personalmente, si no le importa.

—Pero, teniente, son las doce. Medianoche...

—Lo sé, y lo siento, bien; si no le importa...

Ella lanzó un suspiro.

—Venga, si no va a tardar mucho.

Mac Auliffe no tardó más que diez minutos. La viuda lo recibió ataviada con una bata negra de encaje, y con un vaso en la mano. Su cabello, ya suelto, enmarcaba un rostro que desmentía su afirmación de que acababa de despertarse. Parecía acabado de maquillar.

—Bien, teniente, ¿quiere un *whisky*?

—Pues..., podemos considerar que ya ha pasado la hora de servicio. La respuesta es sí. Ella caminó hasta el bar, moviendo las caderas y sirvió. Se lo llevó hasta el diván en el que se había sentado el teniente y se colocó en el otro extremo.

—Señora Quint, usted me habló de lo que había ocurrido entre su esposo y *miss* Cornel.

—¿Ha venido «para eso», teniente?

Mac Auliffe carraspeó. Los ojos de la mujer estaban fijos en él, sobre el borde de su vaso. Si aquello no se parecía mucho a una invitación, él no sabía nada sobre invitaciones.

—Verá, señora Quint...

—Me parece que a estas horas podemos prescindir de ciertas formalidades. Mi nombre es Marcia.

—Bien, Marcia, he estado hablando con *miss* Cornel.

—¿No la llama Anthera?

—Aún, no. Escuche, Marcia, usted escuchó la conversación que tuvieron ambos hace dos meses en esta misma casa, ¿verdad?

Ella abrió mucho los ojos.

—Por cierto que no, teniente. ¿Qué le hace pensar eso?

—¿Sí, o no?

—Por supuesto que no.

—Es algo muy importante. *Miss* Cornel asegura que ella le amenazó con que, si bien no lo llevaría ante los tribunales, al menos sí lo denunciaría ante los demás compañeros de la profesión como una especie de..., ladrón de fórmulas.

—Ése... marimacho. Supongo que no le habrá hecho usted caso. Lo que le ocurre es que quiso casarse con mi marido, pero él me prefirió a mí.

Mac Auliffe había visto el cuerpo de Quint. Se trataba de un hombre de cuarenta y ocho años y los representaba bien. Medio calvo, algo barrigón... No se lo imaginaba siendo disputado por dos mujeres de aquella talla, aunque en cuestión de preferencias femeninas se han visto cosas bastante más extrañas.

—¿De veras?

—Como se lo digo. El me prefirió a mí.

Le lanzó una mirada por debajo de sus pestañas largas y oscuras, probablemente naturales.

—¿Le extraña?

—Por cierto que no.

Sólo entonces se dio cuenta de que la mujer estaba algo bebida. El vaso que sostenía en la mano vacilaba visiblemente. Y tenía los ojos algo turbios.

Marcia Quint se movió en el diván, acercándose más a él. Mac Auliffe se consideraba fuera de servicio y en realidad, para ser sinceros, ¿a qué diablos había ido allí?

Alargó la mano y cogió la de la mujer.

—¿Cómo iba a extrañarme?

—Usted nos ha visto a las dos. ¿Te costaría trabajo elegir?

—Pues...

El cuerpo de Marcia estaba ya bastante cerca del suyo. Lo suficiente como para sentir su calor en la cadera.

Mac Auliffe sintió un calor en la cara que no procedía del *whisky*. Extendió el brazo y lo pasó por sobre los hombros de la viuda. Ésta se acercó más aún.

Mac Auliffe le quitó el vaso de la mano. Por otra parte, ya estaba vacío.

—¿Otro? —preguntó.

—Creo que no. Me parece que ya tengo bastante por esta noche. Necesitaba... olvidar un poco lo que ha ocurrido.

—¿Era celoso míster Quint?

—¿Celoso? Como... como... ¿cuál es el animal más celoso?

—Lo ignoro.

—Pues como ése, sea cual sea. Me llamaba a todas horas del día,

para ver si estaba o no en casa.

—Lo comprendo.

—¿Lo comprende?

—Sí.

Las dos bocas estaban ahora separadas por cinco pulgadas. Mac Auliffe recorrió esa distancia en un segundo. Los labios de ella eran dulces, y se abrían como una flor a la presión de los suyos. El enemigo se entregaba con armas y bagajes y el vencedor...

La mano derecha de Mac Auliffe bajó hasta la cadera de Marcia...

Y el teléfono sonó.

Los dos cuerpos se separaron como si alguien hubiese entrado en la habitación. El ambiente se enfrió perceptiblemente.

La mujer alargó la mano y cogió el receptor.

—¿Sí?

Mac Auliffe se puso en pie.

—Pues, seguro que sí. Estaba ya a punto de marcharme a la cama. No, no.

Lanzó una mirada a Mac Auliffe y tapó el auricular.

—¿Te importa? —susurró.

Mac Auliffe negó con la cabeza. Ella siguió sonriéndole mientras hablaba por el teléfono.

—Sí, mañana exactamente como lo habíamos acordado. Sí, por supuesto, ya lo sé. No tienes que preocuparte. Claro que sí.

Esperó un momento.

—De acuerdo. No debes preocuparte, te digo. Hasta mañana.

Colgó con un suspiro. Se volvió a Mac Auliffe.

—Lamento la interrupción —dijo—. ¿Estabas diciendo...?

Se acercó a él, le cogió la mano y volvió a colocarla en el mismo lugar en que estaba cuando el teléfono sonó, es decir, en una cadera redonda como una ánfora. Todo ello con naturalidad.

—¿Quién era? —preguntó el teniente con indiferencia.

—Un viejo amigo de mi marido. Un pesado. ¿Decías...?

«Embustera», pensó Mac Auliffe. Pero la boca de ella estaba tan cerca que la mentira podía esperar. Los cuatro labios se juntaron y el tiempo comenzó a correr velozmente. Y sin que ninguno de los dos pensara en perderlo.

Una hora más tarde Mac Auliffe, después del último *whisky*, salió

a la calle. Respiró hondamente. Diablos con la mujer. Puro fuego y sin concesión alguna a la reciente viudez.

La nieve caía ininterrumpidamente.

En el coche, sintonizó la onda de la policía. Los partes acostumbrados: un coche que había descubierto a dos individuos tratando de forzar un comercio, una redada de ladronzuelos de coches y bastantes drogadictos recogidos en distintos barrios.

Y de pronto, una que despertó instantáneamente su atención. Un coche patrulla anunciaba que el policía de facción ante la Watkins Inc. había sorprendido a alguien intentando entrar en la fábrica. Ese alguien se había dado a la fuga, y el agente no había podido darle alcance.

Mac Auliffe dio un golpe al volante y cruzó la calle, aprovechando que no había tráfico en ella. Apretó el acelerador todo lo que le permitía la nevada, cruzó el río y llegó a la Watkins.

Había un coche patrulla parado ante la fábrica.

Mac Auliffe se apeó. Los patrulleros le saludaron llevando la mano a la visera.

—¿Qué ha ocurrido. ¿Quién estaba de facción aquí?

—Yo, teniente.

Un policía joven y corpulento se adelantó.

—¿Qué fue eso?

—Yo estaba ante la garita del portero, cuando me pareció ver algo que se movía sobre la tapia. Lo iluminé y vi una sombra que...

—¿Una sombra, agente? ¿Es así como redacta sus partes? ¿Vio una sombra y luego dos fantasmas que bailaban?

El joven agente enrojeció.

—No, señor. Pero quienquiera que fuese llevaba el cuello subido y una gorra. Lo siento, pero no vi nada más.

—Bien, ¿un hombre?

El agente dudó.

—Pues... no podría jurarlo. Si me lo exigieran, teniente. — Bueno, siga.

—Cuando lo iluminé con la linterna —yo estaba a unas cincuenta yardas— el hombre... bueno, quien fuese, dio un salto y cayó de nuevo a la calle. Corrí a la puerta, la abrí, pero ya no pude ver nada. Corrí hacia allí —señaló con el pulgar en dirección este—, pero no pude encontrar nada.

—¿Y las huellas? La nieve, ya sabe.

—Quienquiera que fuese había corrido sobre el barrillo.

Mac Auliffe miró a la calle. En efecto, sólo había nieve virgen en el esquinazo de la tapia con la calle. El resto era un barrizal.

—Bueno. Así que ese hombre quería entrar en la fábrica.

—Eso parece, señor. Al menos, estaba sobre la tapia.

El cabo del coche patrulla habló:

—Hemos dado una pequeña batida, señor, pero no hemos encontrado nada.

—Está bien.

Volvió a su coche y se quedó sentado ante el volante, fumando. Alguien había intentado entrar en la fábrica... sabiendo que estaba vigilada por la policía. ¿Qué diablos podía significar aquello?

Puso en marcha el coche sin dejar de pensar furiosamente. Pero en lugar de dirigirse hacia el río para volver al centro de la ciudad, lo hizo hacia el este. Unas seiscientas yardas más allá vio una luz.

Aparcó el coche. Se trataba de la taberna de O'Myer,

para vagabundos, que no se cerraba en toda la noche. Recordaba haber leído el nombre en alguno de los informes policíacos.

Entró. Un haz de miradas huidizas y vidriosas lo recibió.

Caminó hasta el mostrador, sorteando mesas en las que dormitaban los borrachos.

O'Myer

se incorporó.

—¿Sí?

—Policía.

Aquella palabra pareció despertar a algunos, pero siguieron sentados.

—Ya nos han visitado ustedes, agente. Esta noche vinieron dos patrulleros...

—No le he preguntado nada. ¿Es usted O'Myer?

—Sí, señor. Aquí nunca hay disgustos, seguro.

—Me alegro por usted.

Bajó la voz.

—Escuche, y procure contestar la verdad. ¿Ha entrado esta noche aquí alguien que no sea de los de siempre? ¿Alguno nuevo?

—Por mi vida que no, agente. Nadie. Están aquí los de siempre. Bueno, falta alguno, pero no hay ni una sola cara nueva ni ha entrado nadie nuevo. Se lo juro, agente.

—¿Quién falta?

—Pues... yo diría que sólo Matty —respondió después de lanzar una mirada alrededor.

—¿Viene siempre?

—Todas las noches. Hoy no lo ha hecho. Tal vez se haya puesto enfermo.

—¿Matty, qué?

—Lo ignoro, agente. Siempre lo he conocido por Matty. Pero puedo preguntar.

—Hágalo.

El tabernero llamó a un vagabundo legañoso de crecida barba gris y nariz bulbosa.

—Eh, Ollie. ¿Sabes cómo se llama Matty de apellido?

—¿Ha hecho algo malo?

—Tú contesta, maldito bastardo y no hagas preguntas.

—Pues se llama...

Se rascó la peluda barbilla.

—Pues... Matty... Matty Matheson, eso es.

—¿Sabes por qué no ha venido hoy?

—Ni idea, patrón. Ni idea. Pero yo diría que lleva un par de días un poco raro.

—¿Raro?

—Sí, parece como si le picase el fondillo de los pantalones, con perdón. No puede estarse quieto.

—¿Dónde vive Matty Matheson? —preguntó el teniente.

—Aquí, ¿no?

—Quiere decir que duerme aquí, agente. Durante el día, pues... por ahí, a lo que sale.

No es mal muchacho, si me permite decirlo.

—Ya. ¿Falta muchas noches?

—Pues... —dijo Ollie—, yo diría que... pues... hace mucho que no faltaba una noche.

—¿Estaba aquí la noche del asesinato en la Watkins?

—Sí —dijo

O'Myer.

—Por cierto —añadió Ollie—, que llegó corriendo. Vaya manera de nevar.

Mac Auliffe lo miró de través.

—¿Corriendo?

—Bueno, yo diría que perseguido por la nieve... ¡Ja, ja!

Mac Auliffe se dirigió hacia la puerta.

—Eso es todo.

Volvió por el camino que había traído. Cuando llegó a la Watkins, se dirigió a uno de los patrulleros del coche.

—Ustedes son los que patrullan esto, ¿no?

—Sí, teniente.

—Cuando vean a un tipo llamado Matheson, Matty Matheson, llévenmelo a la jefatura. Suele dormir en la taberna de O'Myer.

—La conozco, teniente. De ahí no sale más que algún drogado de poca monta. Muy pocos. Lo que hay de sobra son borrachos.

—Lo sé. Háganlo.

—Seguro, teniente.

Y Mac Auliffe decidió que ya era hora de echar un sueño.

CAPÍTULO V

—Deme el sobre.

Matty se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Tenga. Escuche, yo... Comprenda, estaba sin un *dime* y necesitaba dinero.

El hombre se metió el sobre en el bolsillo. Luego, golpeó a Matty en la boca.

—Así que chantajista, ¿eh? ¿Qué dirías si te llevase a la policía ahora mismo? Matty pensaba muchas cosas que podría decir en tal caso, pero se libró muy bien de hacerlo.

—Yo... nada, desde luego.

Los ojos de Rassin brillaban como los de un gato.

—Así que no tienes dinero, ¿eh?

—No, señor. Ni un *dime*, ni un maldito *dime*.

—Y estos doscientos te vendrían muy bien.

—Sí, señor, comprenda que...

—Si te llevo a la policía te caerán encima unos cuantos años.

—Sí, señor.

—¿Qué dirías si te dejase estos doscientos y añadiese... trescientos más?

—Yo... pues...

—¿Cómo averiguaste quién era yo, y que era mi coche el que estaba parado al lado de la Watkins?

Matty se lo dijo.

Rassin se quedó un momento pensando.

—Ya —dijo por fin—. Cometí una tontería. ¿Sabes? No tuve nada que ver con aquello. Me robaron el coche. Luego lo dejaron a la puerta de casa.

—Claro, señor.

—Eso es lo que ocurrió. Pero, naturalmente, no quiero que la policía comience a olisquear en mis asuntos. Por tanto, vamos a hacer una cosa: tú te vas a olvidar de todo esto. Por quinientos dólares.

—Seguro, señor. Así lo haré.

El ingeniero lo miraba con fijeza casi hipnótica.

—Y... ¿qué harás con el dinero?

—Pues... comer bien unos días... Usted ya sabe, señor.

—Sí, ya sé. Creo que ya sé. Bien, ¿dónde vives?

«Cuidado, cuidado», avisó una vocecilla en el interior del cerebro de Matty. «No debes decir dónde te puede encontrar este tipo».

—Pues... no tengo vivienda, señor.

—Pero en algún lugar dormirás, ¿no?

—Sí, señor, donde puedo. No tengo sitio.

—Y la policía, ¿no te detiene?

—Algunas veces lo ha hecho.

—Ya.

El hombre parecía reflexionar profundamente.

—Bien, creo que hemos quedado de acuerdo. ¿Dónde puedo dejarte?

—Pues... yo mismo puedo ir.

—¿Con esta nevada?

—No me importa. Estoy acostumbrado.

—No te preocupes. Te llevaré donde digas.

—No, señor, de veras, yo...

Los oscuros ojos de Rassin se volvieron hacia él de nuevo.

—He dicho que te voy a llevar. Una vez allí te daré los doscientos y trescientos más. ¿Entendido? De lo contrario, no verás un solo centavo.

Matty pensó todo lo rápidamente que le permitía su alcoholizado cerebro. No le sería muy difícil hacerle creer que *cualquier parte* era el lugar en que dormía. Cualquier parte... podía ser cerca de uno de los puentes del Sillatoe.

—Pues... hacia el puente Grant.

—De acuerdo. Así que viste mi coche, ¿no? ¿Nada más?

Matty se vio a sí mismo corriendo sobre la nieve, mirando a su derecha y viendo el «Volkswagen» sin asa. Había algo más, pero en

este momento no lograba recordar lo que era. Sí, había algo más... algo que se le escapaba.

—Nada más, señor Rassin.

—Olvidarás mi nombre, ¿verdad? —Claro que sí, señor.

—Bien, vamos.

Se bajó, abrió de nuevo la puerta del garaje y la de la calle, miró a ambos lados y luego volvió al coche. Un momento después, corrían por las calles semidesiertas. En pocos minutos llegaron al puente de Grant. Rassin aflojó la marcha.

—¿Aquí?

—Sí, señor, por aquí está bien, señor.

—Bien, puedes bajar.

—El... este...

Apenas se atrevía, pero la visión de aquellos doscientos dólares...

—¿El dinero, verdad? Sólo puedo darte ahora los doscientos, por supuesto. Me olvidé de coger, los otros tres.

—Bueno, no importa, si a usted le parece bien...

Ahora sentía deseos de echar a correr.

Lentamente, Rassin sacó el sobre del bolsillo y se lo entregó, sin dejar de mirarlo.

—Toma. Y ahora, ya puedes descender.

Matty lo hizo. Miró a un lado y otro. Estaban casi en el puente. Y nadie a la vista.

Vio cómo el otro le hacía señas de que se alejase, y comenzó a andar.

Fue algo instintivo. Se volvió y vio cómo el coche se ponía en marcha.

Y venía rectamente hacia él.

Matty lo entendió. Confusamente al principio, con desesperación después, comprendió todo. El hombre no había pensado siquiera en dejarlo marchar. *Iba por él.*

Corrió. Sus cortas piernas lo llevaron hacia el puente, mientras el «Volkswagen» apuntaba hacia él el morro y aceleraba.

Matty, mientras corría, comprendió que todo había acabado para él. No volvería a tomar sus copas en la taberna de

O'Myer,

ni a dormir con los brazos y la cabeza apoyados sobre la mesa. No

volvería a fumarse un cigarrillo en una mañana soleada ni...

* * *

Mac Auliffe apagó el despertador de un manotazo. Las ocho de la mañana. Y a las nueve tenía que estar en la oficina. Diablos, apenas había dormido cuatro horas.

Se duchó rápidamente primero caliente y luego fría y se frotó con energía, mientras repasaba mentalmente lo que tenía que hacer por la mañana.

Una de las primeras cosas, hablar con Stables. Con el Gobierno no se juega, y si había la menor sospecha de que algo de lo ocurrido en la Watkins podía estar relacionado con la Defensa, más valía comenzar desde ahora. El mayor Whooper había dicho que aún no habían alertado al FBI ni a la CIA, pero él no quería cargar con las responsabilidades en solitario. Hablaría con el comisionado.

Cuando llegó a este punto, estaba ya vestido. Tomó el coche y fue a la jefatura.

Desayunó rápidamente en la cafetería y entró en su despacho. Llamó por teléfono a la secretaria del comisionado y le pidió hora para ver al jefe.

Podía hacerlo dentro de diez minutos, le dijo la muchacha. Cuando Mac Auliffe llegó al despacho, estaban allí varios de sus compañeros. El comisionado le escuchó silencioso, mientras arrancaba bocanadas de humo a su inseparable pipa.

—Creo que tiene razón —dijo por fin—, Mac Auliffe, si en veinticuatro horas no ha logrado solucionar el asunto, hable con el mayor y luego llame a míster Desmond.

—Entendido, jefe.

Desmond era el agente delegado del FBI. Ambos hombres se conocían por haber trabajado juntos en varias ocasiones.

El comisionado se volvió al capitán Travers. Éste tenía ya el informe en la mano.

—Hemos detenido a treinta drogadictos en las últimas veinticuatro horas, señor —dijo.

—¿Treinta? ¿No son muchos?

—Sí, señor, casi el triple de lo normal. Pero lo más extraño es que parecen desesperados. No tienen «combustible». Simplemente

no lo encuentran.

—¿No? ¿Han hablado con el Departamento de Narcóticos?

—Lo he hecho, señor. Me han dicho que ellos han detenido a algunos de los proveedores, porque se estaban moviendo mucho. Al parecer, alguien ha cortado el suministro o ha cegado alguno de los canales de distribución.

—¿Qué? ¿De qué está hablando?

—*Ácido*, señor.

—¿No hay *ácido*?

—No, al parecer.

—¿Y *nieve*? ¿Coca?

—Por ahí parece la cosa más normal. Se trata de lo otro. Del LSD. No hay.

Mac Auliffe, que iba a marcharse tras de sus informes, se detuvo en la puerta.

—Travers, ¿ocurre eso frecuentemente?

El capitán se encogió de hombros.

—No mucho, pero algunas veces ocurre. Se ciega un canal de distribución y comienzan a moverse como desesperados. Los drogados no suelen admitir demoras. Y todos los indicios es de que ahora alguien ha tapado el suministro.

—¿Ocurre algo, Mac Auliffe? —preguntó el comisionado.

—Nada, señor. Curiosidad.

Salió del despacho, y volvió a su oficina. Resolvió en un momento unos cuantos asuntos que tenía en la bandeja y luego salió. No podía quedarse allí, sentado. Le picaban las piernas.

Preguntó en el despacho de patrulleros si había alguna noticia acerca del vagabundo y le respondieron que no. Montó en el coche y se dirigió a la Watkins.

Stables lo recibió.

—Ya hemos terminado, teniente. Hemos tenido una reunión hoy a primera hora. No falta nada. Al parecer, todos los trabajos están en regla. El doctor Rassin lo ha comprobado.

—Ya. Míster Stables, voy a serle sincero: estoy preocupado con la visita del mayor Whooper. Me parece que deberíamos hacer algo al respecto.

—Hacer, ¿qué?

Había tocado un timbre. Su secretaria apareció.

—¿Quiere avisar al doctor Rassin?

La secretaria marchó.

—Un momento —dijo Mac Auliffe. ¿Está Rassin enterado de lo de Whooper?

—Pues... sí. Lo sabe.

—¿Todos lo saben?

—Todos no, teniente —respondió Stables con una nota de reproche en su tono—. Pero Rassin sí.

—Me gustaría saber cuántos están enterados de que Whooper se preocupa del asunto.

—Pues... lo estaban, Quint, naturalmente, Rassin, un par de consejeros y yo.

—Bien, eso reduce nuestro campo. No le niego que me tranquiliza. Con el Gobierno no podemos jugar, míster Stables.

—¿Me lo dice *a mí*, teniente? Pero ya le digo, si Whooper no parece haberse preocupado lo suficiente como para dar conocimiento al FBI...

—Vamos a enfocararlo de otro modo, míster Stables. Vamos a decir que me preocupa a mí y a mi superior, el comisionado.

Stables hizo un gesto de impaciencia.

—Pero... no veo...

—Vea, tenemos un ladrón que no roba nada, pero que asesina a dos hombres.

—No le dio tiempo, quizá.

—¿Quién se lo iba a impedir?

La puerta se había abierto. Rassin entró. Estrechó la mano de Mac Auliffe y permaneció en pie, escuchando.

—Tuvo tiempo suficiente, míster Stables.

—A no ser que lo que buscaba no estuviera en el despacho de Quint.

—Pudiera ser. Pudiera ser. ¿Pudo tener acceso a los archivos?

—Difícilmente, teniente. Están encerrados en cajas de seguridad. Cada departamento tiene la suya. Y los archivos generales están en una cámara acorazada, de la cual tenemos la llave dos personas.

—¿Quiénes?

—Uno de los consejeros y yo. Vea, ésta es.

Sacó su llavero y le mostró una.

—¿Y ese consejero?

—Míster Charles Watkins. Es el hijo del fundador de la empresa.

—¿Está aquí?

—Está en San Luis, en un congreso.

—¿Se llevó la llave?

—Pues, sí, claro, supongo. Pero eso es fácil de comprobar. Puedo llamarlo y preguntárselo.

—¿Le importaría?

—Pues... no, claro.

—Creo —dijo Rassin—, que no me necesitan, ¿verdad?

Mac Auliffe lo miró primero a los ojos y luego a las manos, recordando que el día anterior le habían llamado la atención por su nerviosismo. Ahora parecían más firmes.

—¿Qué opina de esto, míster Rassin?

El hombre se encogió de hombros.

—No lo sé, teniente. Estoy tan confuso como ustedes. Lo siento.

Mac Auliffe tenía encima de su mesa una lista de los técnicos y obreros que trabajaban en la fábrica. La lista se elevaba a casi trescientas personas. Demasiadas para investigarlas una a una, pero ahora, con desaliento, se dio cuenta de que tendría que hacerlo. Se puso en pie.

—Bien, caballeros, creo que eso es todo, por el momento. Míster Stables, usted conoce a la señora Quint, ¿verdad?

—Por supuesto. Era una eficiente secretaria de la Watkins, antes de casarse con Quint.

He comido con ellos varias veces en su casa, y en la mía.

—¿Qué concepto le merece?

Mac Auliffe estaba mirando a la mesa cuando hizo la pregunta. De pronto, levantó los ojos y vio cómo los dos hombres habían intercambiado una rapidísima mirada.

—Pues... Una excelente mujer... Quint estaba realmente enamorado de ella.

—¿Celoso? Quiero decir. ¿Quint era un hombre celoso? No quiero decir que hubiera algún motivo, sino que fuera ésa una faceta de su personalidad.

—Pues... lo ignoro, teniente. Marcia... la señora Quint es una mujer muy hermosa..., pero los sentimientos de Quint... bien, los desconozco.

—¿Míster Rassin?

—Apenas la he tratado. Quint hablaba mucho de ella, pero siempre en términos muy elogiosos.

—Ya.

Cogió el sombrero y se dirigió a la puerta.

—Hasta la vista, caballeros.

Conque... una excelente mujer. Y muy dolorida por la muerte de su marido Tanto que... diablos, con las mujeres temperamentales. Y no se ocultaba. No mucho, al menos. Aquel antiguo amigo que la había acompañado a casa, que le había telefoneado antes de acostarse, para darle las buenas noches y quedar con ella para el día siguiente...

Llamó a la jefatura desde el coche y preguntó si había algún informe sobre la señora Quint. Ninguno.

Al parecer estaba recuperando horas de sueño perdidas, y de las cuales él tenía en parte la culpa.

Metido en su coche, estuvo tabaleando durante un rato en el volante. Luego llamó a la jefatura. El comisionado le atendió.

—Mac Auliffe señor, me temo que vamos a tener que recurrir al FBI.

—¿Ha hablado con el mayor Whooper?

—No, señor.

—Hágalo primero. No quiero que crea que obramos a espaldas suyas.

—Conforme. Esperaré unas horas aún. Hay algunos datos que quiero comprobar. Informaré por escrito esta noche.

Pidió después que le pusieran con Travers, capitán encargado de la represión del vicio.

—Escucha, Travers, ¿podemos vemos un momento? Hay algo que quisiera consultar contigo.

—Dentro de diez minutos en Kitty's.

Ambos llegaron casi al mismo tiempo, Mac Auliffe un poco después.

—Escucha, Travers, hay algo en lo que dijiste esta mañana. Es acerca de la falta de *ácido* entre los adictos. No entiendo mucho de drogas, pero tengo entendido que los consumidores de LSD no precisan tan urgentemente de las raciones de droga como los cocainómanos o morfinómanos.

—Así es. No están tan sujetos a raciones periódicas como los otros.

—En ese caso, ¿qué te ha hecho extrañarte en ese aspecto?

—Los distribuidores habituales. Nuestros «cucullos» nos han hecho saber que falta suministro entre ellos.

—El suministro, ¿suele ser normal en la ciudad?

—En cierto modo, sí. Cogemos a los que podemos, pero ya sabes la ley: Hay que pescarles con las manos en la masa y con droga en los bolsillos. Los conocemos a muchos de ellos, pero no podemos detenerlos hasta que comprobamos que van *cargados*.

—En ese caso, alguien ha cegado el canal de *ácido*, ¿no?

—Eso es lo que pienso. Todo hace suponerlo así.

—Comprendido. ¿Ha ocurrido en los últimos tiempos?

—Hacía casi un año que no.

Travers entornó los ojos. Estaba bebiendo lentamente una cerveza.

—Hey, Anthony, ¿qué estás pensando?

—Nada concreto aún, Jeff. Te lo diré si... encuentro algo más.

—Eso espero, muchacho.

—Bien, nos veremos mañana. Y gracias. Si sé algo te lo pasaré y te alzas con los aplausos.

—No quiero aplausos, Anthony. Lo que quiero es que me mantengas al corriente.

Anthony Mac Auliffe terminó su cerveza. Luego, se dirigió a la cabina telefónica y hojeó la guía.

Llamó. Una voz impersonal le anunció que hablaba con la Morrissey.

—Quiero hablar con la doctora Cornel.

La voz de la doctora llegó hasta él.

—¿Bien?

—Doctora, soy el teniente Mac Auliffe.

—¿Bien?

—Quisiera hablar con usted.

—Hable, teniente.

—No por teléfono. ¿Sale usted a mediodía?

—Por regla general, no. Como aquí. —La invito a comer.

—No tengo gran interés en hacerlo.

—En ese caso, tendríamos que hacerlo en su oficina. Y la visita

sería oficial. Como prefiera.

Su tono había traslucido algo de impaciencia. El teléfono estuvo callado durante casi treinta segundos.

—¿Está ahí, doctora?

—Sí. Me estaba preguntando si eso era una amenaza.

—No, doctora. En modo alguno.

—Bien, a las doce y cuarto en la Avenida Tuskalosa. En Marcel, ¿lo conoce?

—Lo conozco.

—No se retrase.

Y colgó.

Mac Auliffe conocía Marcel, y sabía algo acerca de sus precios astronómicos. Hizo un gesto. Bien, tal vez podría cargar aquella comida en la cuenta de gastos, aunque lo dudaba.

Llegó antes que la doctora. Fue llevado a una mesa junto a una de las ventanas que daban al jardín. Anthera Cornel llegó a las doce y cuarto en punto.

Sin la bata, parecía menos alta, pero cuando se quitó la gabardina, ayudada por el camarero, que la saludó por su nombre, Mac Auliffe se dio cuenta de que no se había equivocado con ella. Tenía una figura espléndida.

Se puso en pie.

—Buenos días, teniente. Charles, consumé y *filet mignon*.

—Al momento, *mademoiselle* Cornel. ¿El señor?

—Lo mismo.

Anthera se sentó. Llevaba un vestido ajustado, y con la falda por encima de la rodilla. No pareció preocuparse en absoluto de la porción de espléndidas piernas que dejaba al descubierto.

—¿Y bien?

—Doctora, ¿esperamos a terminar de comer?

—Lo siento. Tengo el tiempo justo para comer. Habremos de hablar durante el *filet*.

Mac Auliffe encendió un cigarrillo. Después de ofrecerle uno que ella rechazó.

—Bien, doctora. Quisiera hacerle un par de preguntas.

—¿Hágalas.

—¿Qué clase de producto es el que Quint se apropió?

Los grandes ojos verdes lo miraban de hito en hito.

Rápidamente, recitó una fórmula química que le llevó casi treinta segundos.

Mac Auliffe sonrió y levantó un brazo como protegiéndose.

—Por favor, la química que aprendí en la Universidad no da para tanto. ¿Quiere aclararlo?

—¿Para qué? Ya dice que no entiende.

—¿Es un gas?

—No.

—¿Sabe para qué se utiliza?

Ella recitó otra larga retahíla de nombres. Siempre con la misma cara absolutamente seria y con los ojos fijos en los del policía.

—¿Alguno de esos usos está relacionado con la guerra?

—Pueden estarlo, si se usan indebidamente.

—¿Usted no lo haría?

—No.

—Pero alguien puede hacerlo, ¿no?

Había llegado el caldo. Ella apoyó los codos en la mesa y la barbilla entre las manos.

—¿Quiere decir que lo están haciendo?

—No he dicho eso.

Por primera vez ella daba la sensación de estar ligeramente interesada.

—Teniente, usted está haciendo trampas. ¿Ésta es una conversación privada u oficial?

—Digamos de asesoramiento.

—Lo estaba suponiendo. Bien: no asesoro gratis.

—Puedo enterarme en alguna otra parte.

—Hágalo entonces. Pero... Si alguien está haciendo eso, no le va a ser fácil encontrar la respuesta. Todos los productos relacionados con la defensa están sujetos a secreto.

—Lo sé. Por eso, pensé que usted podría ayudarme.

—¿Por qué habría de hacerlo? Ese producto no es mío, pese a que fui yo quien comenzó su investigación.

—¿Le ha causado mucho trastorno económico?

—Puedo decir que creo que sí. No lo sé seguro. Pero no es eso lo más importante para mí. Sí lo es la certeza de que me hizo objeto Quint.

—¿Usted lo conocía bien?

—Trabajé dos años con él. Sí, creo que lo conocía bien.

—¿Cómo le describiría?

—Como un hombre reconcentrado y atento siempre al sonido de la plata.

—No me refería exactamente a eso. Me refiero a él... como hombre. ¿Le gustaba a usted? —añadió de pronto.

Los verdes ojos se entornaron.

—¿Gustarme... a mí? ¿Habla en serio?

—Bueno, era una pregunta. Hay hombres feos que...

—No me hubiera importado que fuese feo. Sí me importaba que era un cerdo. ¿Por qué se le ha ocurrido eso? ¿Cree acaso que estoy tratando de vengarme de un... desprecio por parte de Quint?

—Su mujer me lo insinuó. Mejor dicho, seré sincero: lo dijo.

—Esa estúpida zorra. ¿Va a darle crédito?

—No. Pero lo dijo. Escuche, doctora: ¿Qué empleo hubiera dado usted a ese producto...? Oh, oh, no me apedree con palabras técnicas.

—En ese caso no le apedrearé con nada. No lo sé. Dejé de pensar en ello cuando me vi obligada a dejar el asunto. Simplemente, otras cosas reclamaban mi atención.

—Comprendo. Doctora, le he robado su tiempo.

Ahora se dispuso al combate. Iba a emplear toda su artillería pesada y sabía que era eficaz en un buen porcentaje de ocasiones.

Sonrió con los ojos, con la boca, con la nariz. Toda su cara se contrajo en una sonrisa atractivamente masculina.

Ella continuó mirándole fijamente. La mitad del consomé había quedado frío en la taza.

El *filet mignon* llegó en ese momento.

—¿No come? Está excelente.

—Todo en Marcel es excelente —fue la respuesta.

Pero no lo tocó. Parecía reconcentrada.

—¿Qué dijo?

—¿Dijo quién?

—Esa fulana: la señora Quint.

—¿Sobre usted? Que había querido cazar a Quint, pero que él la había preferido a ella. —Hum. Teniente, algunas veces me gustaría poder ser como esa clase de mujeres. Me refiero a que me gustaría agarrarla del pelo.

—Sería ensuciarse las manos, doctora.

—¿Cree que no lo sé? Pero... *me gustaría*. ¿Es usted casado?

—No.

Los ojos verdes lo examinaron desde el pelo hasta el mentón.

—¿No le gusta el matrimonio?

—Simplemente, aún no me han desarzonado. El día que eso ocurra, no me importará el matrimonio ni cualquier otra solución por el estilo.

—¿Se casaría usted con una mujer como la Quint?

—No.

—Acaba de contestar. La pequeña tramposa... Vio la manera de solucionar su vida casándose con un hombre que le doblaba casi la edad y la aprovechó.

—¿Consideraría usted celoso a Quint?

—Si se casó con ella encaprichado, es de suponer que tuvo que pasar unos celos condenados.

—Usted parece conocerla bien.

—Una de sus compañeras dejó la Watkins y vino a trabajar con nosotros en la Morrissey. Ella me ha hablado en ocasiones de la mujer de Quint.

—¿Quizá envidia?

—No hay caso. Es una mujer honesta. Y creo que por hoy ha habido bastante de cotilleo, teniente. Si no tiene alguna otra pregunta oficial que hacerme...

Pero no hizo ademán alguno de levantar. Jugueteaba con su copa de vino.

Mac Auliffe decidió que había que buscar un calibre más grueso para su artillería.

—Doctora Cornel, le voy a confesar una cosa: Estoy en un atolladero. He sido designado para investigar la muerte de Quint y aún no he conseguido resultados apreciables.

—La Prensa dice que siguen ustedes una pista.

—Siempre dice eso por encargo nuestro. No podemos dar a los contribuyentes la sensación de que estamos a oscuras, pero la verdad es que así ocurre en la actualidad.

—Hable.

Su tono se había humanizado perceptiblemente. Su cuerpo, menos envarado, menos tenso. Apoyó la cara en las palmas de las

manos. Mac Auliffe se dijo que nunca había visto ojos como aquéllos.

—Doctora, usted ha debido oír hablar de las drogas y de lo que significa para nosotros y para el Departamento de Narcóticos luchar contra ellas.

—Sí.

—Pues bien, sabemos que los que proveen de cierta droga a los cerdos de los distribuidores, han dejado de hacerlo. Desde hace cuatro días, aproximadamente. Las cejas se habían fruncido ligeramente.

—¿Bien?

—Doctora, ¿hay alguna posibilidad de que ese producto uno cualquiera de los que se ocupa la Watkins, haya podido ser... LSD?

Hubo un silencio. Pero la fija mirada de aquellos ojos extraordinarios no se apartó de la suya.

—No puedo decirle eso. Ignoro en qué líneas de trabajo se ocupaba la Watkins. Quiero decir... en todas. Conozco algunas, por supuesto.

—¿Y...? ¿Podría ser lo que yo digo?

—No lo sé. Eso sería muy grave y no lo creo. Simplemente, una firma tan importante no puede hacer Una cosa así.

—La firma, es posible que no, pero...

—Lo ignoro, teniente.

Mac Auliffe lanzó un hondo suspiro. Se encogió de hombros.

—Bien, tendré que apechugar con el asunto.

Se puso en pie. Ella no lo imitó.

—Teniente, ¿saben ustedes que la Watkins trabajaba para la Defensa?

Mac Auliffe frunció las cejas.

—¿Qué dice?

—Es algo que sabe todo el mundo. Por lo menos lo sabemos bastantes personas. No es un secreto.

Mac Auliffe estaba pensando furiosamente.

—Doctora, usted y yo no tenemos tiempo ahora. ¿Podríamos vernos en algún otro momento, más libres?

—No lo sé. Lo llamaré.

Mac Auliffe le dio el teléfono. Las cosas se estaban poniendo calientes.

Luego, salieron del restaurante.

CAPÍTULO VI

El coche estaba a seis pies cuando los reflejos alcoholizados de Matty Matheson se liberaron.

Dio un salto y salvó el pretil del puente. No tuvo tiempo ni de encomendarse a ninguna potencia benéfica o maléfica. Simplemente, saltó. Eso sí, esperaba estrellarse abajo, pero en los reflejos no se manda.

Fueron las potencias benéficas las que se ocuparon de él.

El Sillatoe había sido dragado dos días antes, para limpiar el cieno. Las dragas habían depositado en la orilla grandes cantidades de limo maloliente, que luego se llevarían los camiones.

Maloliente, pero blando.

Matty cayó sobre él y se hundió casi hasta las rodillas. Estaba frío, muy frío, pero al menos, oscuramente, se dio cuenta de que acababa de salvar la vida. Pero que tenía que salir de allí como fuera.

Alzó la mirada y vio las luces del automóvil que se alejaban. Luego, se detenían y volvían de nuevo. Rassin había dado marcha atrás.

Como un pato en una sábana de plástico, Matty manoteó para salir del cieno. Se escurría, volvía a caer, pero al final pudo salir del légamo y corrió, ciegamente, lloriqueando. Estuvo a punto de caer al río, más el reflejo de las luces de la High Tower, le salvó en el último momento.

Sobre el ribazo del Sillatoe estaban los casetones de la compañía que dragaba el río. Oscuros, silenciosos, pero al menos, acogedores.

Se detuvo a la sombra de uno de ellos y miró hacia atrás. El «Volkswagen» seguía parado en el puente. Eso quería decir que Rassin aún andaría buscándolo. ¿Habría bajado a la ribera?

Con precaución procurando no hacer ruido, se movió entre las casetas, gimoteando en voz baja. Maldito Rassin, querer hacerle a él aquello. Ya vería. Lo mataría, lo enviaría a la policía, le sacaría el dinero a chorros. Algo haría con él, ya lo vería el maldito bastardo, hijo de perra.

Luego, vio la linterna eléctrica. Pero ¿es que iba a perseguirlo hasta aquí, hasta este mismo lugar? ¿Es que no pensaba alejarse de una maldita vez? ¿Es que se proponía perseguirlo hasta...?

Contuvo las ganas frenéticas de correr. Con eso sólo conseguiría delatar su presencia.

Anduvo lentamente, pisando el blando suelo de arena, cada vez más aterido. Y entonces oyó ruido allá arriba, sobre el puente.

Un automóvil se había detenido junto al coche de Rassin y hacía sonar el claxon. La luz de la linterna se disolvió en el aire.

Un momento más tarde los dos coches se pusieron en marcha.

Y Matty se encontró solo.

Sentía mucho frío. Estaba tiritando, pero... tenía doscientos dólares en los bolsillos.

Logró salir de la orilla del Sillatoe, trepando penosamente por el ribazo.

Se encontró en un lugar casi desconocido para él, cerca de los muelles fluviales. Por allí había muchos vigilantes en los *docks*, por lo que le convenía salir de él cuanto antes. —Necesito un trago, un trago pronto— murmuró. Sentía en el pecho un dolor extraño, pero estaba seguro de que le pasaría tan pronto se hubiera echado dentro unos cuantos vasos. Pronto, ahora.

Había una taberna para descargaros, iluminada por una solitaria bombilla. Se metió en ella. Apenas había clientes.

Se bebió dos *whiskys*, pero el dolor no desapareció. Ahora sentía calor en la cabeza y frío en los miembros. Pero nada hay que no pueda curar una botella. Decidió comprar una.

Salió con ella en la mano, pensando dónde dormiría. Le atraía la taberna de

O'Myer,

le atraía como cosa alguna. Ya no pensaba siquiera en la casa de Myra. No, lo que necesitaba era el calor de su casa habitual.

Pero para ello tenía que andar bastante. Mucho. Se echó otro trago al colete y le pareció que se sentía mejor.

Pero cuando llegaba al otro lado del río, la cabeza le dolía y el pecho le quemaba al respirar. Sólo entonces se dio cuenta de que podía haberse puesto enfermo.

La pulmonía, gestada en los días anteriores, lo había alcanzado ya.

Le dio tiempo a llegar a Cannon Road, y sentarse en las escaleras de la YMCA, sintiéndose morir.

Cuando el portero nocturno quiso despertarlo, ya no pudo hacerlo. Había perdido el conocimiento. En ese estado fue llevado al hospital de San Francisco.

* * *

—No lo sabía —repitió el mayor Whooper encogiendo sus gruesos hombros—. Palabra que no sabía que eso fuera conocido por muchas personas.

Mac Auliffe encendió un cigarrillo, mirando a su visitante. Lo había llamado por teléfono y el mayor había acudido inmediatamente.

—¿Podemos, pues avisar al FBI?

—Oh, eso... tendré que consultarlo con mis superiores. Le ruego que no haga nada por el momento. Mientras el asunto no trascienda... quiero decir al público... Mac Auliffe pensó que el oficial estaba asustado.

—Procuraremos que la Prensa no sepa nada —dijo Mac Auliffe.

—Gracias. Creo que eso será lo mejor, por supuesto. De todas maneras, hoy mismo volaré a Washington para consultar. He de hacerlo.

Salió del despacho. Mac Auliffe cogió el teléfono y llamó a la Watkins.

—Míster Stables, ¿hay algo nuevo?

—Iba a llamarle a usted ahora, teniente. He llamado a San Luis y no he logrado ponerme en comunicación con míster Watkins, nuestro consejero. Mac Auliffe frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir? ¿Que no está en San Luis?

—Oh, sí, ha estado, pero no he podido ponerme en comunicación con él. Fue a un congreso, ya se lo dije.

—¿Lo han visto allí?

—Pues... sí, al parecer, alguien lo ha visto, pero no sabían dónde había ido.

—¿Dónde vive?

—En Lomas. Tiene allí una casa. Brachester Terrace.

Mac Auliffe conocía el lugar. Solamente los pobres millonarios vivían en Lomas.

—Comprendo. Bien, éste... ¿es casado?

—Por supuesto.

—Gracias, míster Stables.

Buscó en la guía y llamó a Brachester Terrace. Una voz femenina con acento sureño le respondió. Probablemente una criada negra.

—Míster Watkins no está.

—¿Su esposa sí?

—Pues, sí.

Mistress Watkins se puso al aparato. Una voz cansada, ligeramente quebradiza.

—*Mistress Watkins*, desearía hablar con su marido.

—Se encuentra en San Luis, en un congreso.

—Lo siento. ¿Cuándo debe volver?

—Lo espero esta noche, lo más tarde.

—¿Ha hablado con él?

—¿En San Luis? Me llamó la noche de su llegada... Éste... ¿Quién es usted?

—Un amigo, señora Watkins. Gracias.

Colgó. Marcó otro número y un momento después la voz de Marcia Quint llegó arrulladora hasta sus oídos.

—Teniente... Creí que te habías muerto.

—Aún no. Escucha, Marcia. ¿Recuerdas la otra noche...?

—Recuerdo muchas cosas de la otra noche —arrulló ella—. Muchas. Y yo soy de las que quizá repiten del plato si éste les ha gustado.

Mac Auliffe separó el auricular de su oído. Un leve calorcillo le subía a la cara.

—Yo también, por supuesto, pero no te llamaba por eso.

—¿De veras... no?

—De veras. Quería hacerte una pregunta.

—¿Por qué no me la haces esta noche, entre un vaso «Johnny Walker» y unos emparedados de queso hervido?

—Me gustaría, y tal vez lo haga, pero ahora...

—Ahora, ¿qué?

—¿Podrías decirme con quién estabas la otra noche? Quiero decir, ¿con quién saliste antes de mi llegada a tu casa?

—¿Celoso, Anthony?

—Pues, sí, naturalmente.

—Naturalmente —la voz de ella estaba cargada de ironía—. Celoso *naturalmente*... Sólo falta que digas: «como es mi obligación».

—¿Con quién Marcia?

—Querido, acabo de salir del baño y estoy envuelta en una toalla toda húmeda. Estoy tratando de hacerme la manicura de los pies con una sola mano. ¿Por qué no llamas dentro de un momento?

—Lo haré.

—¿No te gustaría ver cómo trato de hacerme los pies y el color de la toalla... y lo demás? —Mucho. Está bien, llamaré dentro de un momento. Colgó. Cristo, se le había olvidado. Pidió los informes.

El hombre que había puesto a seguir a Marcia y se los trajeron al momento.

Los repasó rápidamente. Allí estaba. Marcia Quint había salido a las cinco de la tarde del día anterior con un hombre. Se habían metido en un taxi y habían ido a las Montañas Blancas, al motel Peak. No habían salido hasta por la mañana jugando a los acertijos probablemente.

Marcia había vuelto a su casa, desde allí.

Mac Auliffe llamó al agente. Éste se presentó enseguida.

—¿Quién se ha quedado con la señora Quint?

—Johnny Durante.

—Bien, ¿qué hizo usted en el motel Peak?

—Estuve en la cocina —dijo el hombre con una mueca—. Por suerte una de las cocineras se mostró muy colaboradora.

Mac Auliffe enarcó una ceja.

—Bueno, no le haré preguntas embarazosas, muchacho. Pero quiero que me diga cómo era el hombre.

—Pues... alto, esbelto todavía, aunque me parece que no tardará mucho en perder la esbeltez. Quiero decir, que el estómago...

—¿Lo vio usted bien?

—Por cierto. Apenas llegaron al motel se hicieron servir la comida en sus habitaciones. Pero a última hora salieron a dar un

paseo. Entonces lo pude ver, en la plataforma del telesquí.

—Bien, siga describiéndolo.

—Pues... parecían muy amartelados. Bastaba verlos para saber que no estaban casados, por lo menos entre ellos. Ja.

—Ja —dijo Mac Auliffe con acento sombrío—. ¿Puede ahorrarme sus comentarios, agente Bolins?

—Esto, sí, señor. Alto, con sienes cariosas, y pelo que va retrocediendo bastante hacia atrás.

—Nunca se retrocede hacia delante.

—Lo siento. Quiero decir que no tardará en quedarse calvo. Tiene las narices bastante largas.

—¿En forma de pico? ¿De aleta de tiburón?

—Jesucristo, teniente, usted la ha tomado conmigo.

—Vamos, vamos, describa.

—Haré algo mejor. He tomado algunas lecciones de dibujo y...

—¿Por correspondencia?

—Jesucristo, no, en...

—No responda. Haga el dibujo, si lo sabe hacer. Quiero decir si no va a lanzarnos tras una pista equivocada.

—Creo que no. Era una cara que se presta a la caricatura. No quiero decir que sea de caricatura, sino...

—Hágala.

El hombre lo hizo. Mac Auliffe lo miró mientras dibujaba y luego se guardó el papel en el bolsillo.

Preguntó si había habido noticias del vagabundo y le respondieron que no. Así que tomó el coche y se lanzó hacia la Watkins.

Stables lo recibió. Mac Auliffe fue derecho al grano.

—Míster Stables, ¿podría describirme a míster Watkins?

—¿Por qué?

—¿Podría hacerlo?

—Pues, naturalmente que sí.

—Oh quizá, tenga usted alguna fotografía suya.

—No.

—Bien, en ese caso...

—Pues... tiene cincuenta años. Es alto, de aspecto... distinguido, si es que me permite emplear esta definición. No veo qué más podría decirle.

—¿Se parece a éste?

Lentamente extrajo la cuartilla del bolsillo. Stables lo miró y la luz del asombro se encendió en sus ojos. Mac Auliffe lo notó.

—¿Se parece, míster Stables?

—Yo, éste... sí, vagamente, debo confesarlo, pero... ¿De dónde ha sacado usted esto? —No tiene importancia ahora. Míster Stables, durante la estancia de míster Watkins en San Luis, ¿les hizo a ustedes alguna llamada telefónica?

—Pues... sí, la tarde en que llegó.

—¿Nada más?

—No, por supuesto. Y ahora, ¿le importaría decirme a qué viene todo esto?

—Watkins y Quint, ¿eran amigos?

—Pues...

—Míster Stables, lamento decirle que si no contesta a mis preguntas de una manera categórica, tendré que comenzar a preguntar al resto de los empleados. Preferiría no hacerlo, por supuesto.

—Pues... me asombra su actitud, teniente.

—Salga de su asombro y responda, por favor. ¿Sí o no?

—Pues... amigos no eran. Tuvieron algunas diferencias...

—¿Por el trabajo?

Stables estaba como sobre ascuas.

—No precisamente. Pero...

—¿Por qué, míster Stables?

—Lo ignoro, pero parecían no concordar. Teniente, esto me parece...

—¿Qué?

—Pues... altamente irregular.

—Una investigación por asesinato doble puede ser irregular a veces.

—Pero ¿qué tiene que ver míster Watkins con esta investigación? Ni siquiera estaba en la ciudad.

—Todos y cada uno de los extremos a investigar tienen su importancia y su relación —dijo rutinariamente Mac Auliffe—. Recuerde que él tiene la llave de los archivos. —Bueno, pero... En fin, si me da su palabra de que mantendremos esto en el plano confidencial... Tenga en cuenta que no hablo sino de lo que sé, no

de lo que se chismorrea.

—¿Bien, míster Stables?

—Pues tenían alguna diferencia. Éste, Quint no parecía tener simpatía a míster Watkins. Éste me dijo en cierta ocasión que ignoraba por qué Quint le había puesto la proa, pero...

—Y usted no lo sabe, tampoco.

—No, teniente. Lo ignoro.

—Gracias, míster Stables. Haga el favor de llamarme tan pronto regrese el señor Watkins.

* * *

Y cuando estaba casi en la puerta:

—Por cierto; ¿ha vuelto a llamar a San Luis?

—Pues... no.

—Gracias.

Bajó y entró en su coche. Cogió el radioteléfono y comunicó con la jefatura.

—Privilegio. Intervengan inmediatamente el teléfono de la Watkins y vean si hacen alguna llamada para San Luis. Graben la conversación en ese caso.

—Enterados, teniente.

Luego, se dirigió a la taberna de O'Myer.

Éste lo recibió detrás del mostrador.

—¿Matty? No hemos vuelto a saber de él desde anteayer, teniente. Ya sabe, cuando estuvo usted aquí. Eh, Ollie, ¿tú has sabido algo de Matty?

—¿Yo? Que me registren, agente. Nada.

Mac Auliffe chasqueó las mandíbulas.

—Tan pronto como lo vean o sepan algo sobre él, avisen al patrullero más próximo.

O'Myer,

usted cargará con la responsabilidad si no lo hace así.

—Claro que sí, agente.

Mac Auliffe salió. Cuando iba a entrar en el automóvil, una cara barbuda apareció junto a la ventanilla.

—¿Sí?

—Escuche, agente, ¿hay una copa para mí?

—Hable, Ollie. ¿Se llama así, verdad?

—Ése soy yo, agente. Oigan, ¿ustedes buscan a Matty por lo de esos fiambres?

—Queremos hablar con él, sí.

—¿Por eso?

—Bueno, sí.

—Oiga, Matty era amigo del portero de ese sitio, ¿cómo se llama?

—¿El muerto? ¿Era amigo del muerto?

—Éste, sí.

—Ollie, esto es serio. ¿Sabe algo más?

—Yo... no, claro que no. Pero eran amigos. Charlaban juntos y alguna vez lo invitó a un trago.

—¿Matty?

—No, Jesucristo, el otro a él.

—Gracias, abuelo. Tenga.

Le alargó un dólar. El hombre lo guardó y volvió a la taberna.

—Teniente. Han llamado de la Watkins a San Luis.

—¿Quién?

—¿Le paso la grabación?

—No, diga a quién y quién ha llamado.

—Stables a Watkins. Éste no estaba en el hotel. Había llegado poco antes, pagado la factura y había pedido un taxi para el aeropuerto. Eso es todo sobre la conferencia. Luego, Stables ha llamado a

Lo-454

y ha preguntado por la señora Watkins. Ésta le ha dicho que su marido llegaría por la noche. La mujer parecía muy nerviosa y preguntó varias veces qué ocurría.

—¿Grabaron esta última llamada?

—Sí, teniente.

—Gracias.

Colgó. Con las manos sobre el volante, permaneció durante un rato. Por fin arrancó.

Marcia Quint lo recibió vestida de calle y con el gabán en el brazo.

—Hola —dijo—. Ya me he quitado la toalla. ¿No es una lástima?

—Por cierto que sí. Tal vez en otra ocasión pueda admirarte según conviene.

—Lo dudo. Los grandes partidos no se repiten. Hay que aprovechar la ocasión y verlos... en el campo.

—Es mi triste sino, Marcia. Y ahora, ¿quieres echarle una ojeada a esto? Le alargó el dibujo. Ella lo examinó y abrió mucho los ojos.

—Pero...

—Es el hombre que te acompañó la otra noche y al que viste al día siguiente en un motel. ¿No es cierto?

Los ojos fueron cerrándose y la boca apretándose.

—¿Quieres decir que me has hecho seguir?

—Digamos diplomáticamente que ha sido casualidad. Tú eras una de las sospechosas, y tú misma lo dijiste, ¿recuerdas?

—¡Maldito tramposo!

Su mano se alargó hacia la mesa en la que había un jarrón de cobre rojo Mac Auliffe le cazó el brazo antes de que terminara el movimiento.

—Quieta, señora Quint —dijo severamente—. En este momento mi visita es oficial.

—¡Maldito bastardo!

—¿Es o no es míster Watkins el que te acompañó cuando todo el mundo creía que estaba en San Luis en un congreso?

Ella forcejeaba para soltarse. Parecía una loca. Mac Auliffe le apretó el brazo hasta hacerle gemir de dolor.

—¿Es o no es? Te prevengo que si no me contestas iré a hablar con la señora Watkins.

—¡No te atreverás!

—¿Por qué no? Watkins es sospechoso ahora. Engañó a todos diciéndoles que iba a San Luis y en realidad estaba contigo.

—¡No lo metan en esto!

—¿No? Bueno, yo creo que se ha metido él solito, le diré más, Su marido se enteró, lo amenazó, y Watkins lo mató. ¿Qué tal suena esto?

Marcia Quint echó hacia atrás la cabeza, y su rostro fue tornándose pálido. Había perdido toda su acometividad.

—¡No puede ser!

—¿Por qué?

Mac Auliffe estaba inflexible.

—Vamos, diga por qué.

—Porque... estábamos juntos.

—No. Él no había salido aún para San Luis. Bien, usted lo quiere.

—¿Qué... qué quiere que yo haga?

—¿Sabía su marido lo que había entre usted y Watkins?

Casi inconscientemente, ambos habían suprimido el tuteo.

—Supongo que ya eran amantes antes de casarse usted con Quint.

—Éste... sí. Pero lo habíamos llevado con mucho cuidado. El... su mujer es una histérica y habría promovido un escándalo.

—Lo encuentro natural. A nadie le gusta que le quiten la comida que considera suya. Pero eso no nos importa. Lo que nos importa es que ahora Watkins tendrá que explicar algunas cosas.

Se quedó un momento parado. Sus ojos brillaron.

—Vaya si tendrá que explicarlas.

Abrió la puerta.

—Más le vale que no intente comunicarse con Watkins. Por cierto, ¿dónde ha estado?

—En un hotel, bajo nombre supuesto. En el... Dorset.

—¿Bajo qué nombre?

—Bajo el de... Smith.

Lo agarró por los brazos.

—Por favor, ¿no podríamos... mantener esto oculto? Watkins es un hombre muy importante y...

—Lo siento. No está en mis manos.

—Pero... yo haría todo lo que usted quisiera. Y no es poco, Anthony.

—Lo siento. En mis horas libres soy libre. Cuando trabajo, no.

Abrió y salió. Respiró con fuerza y con ansia el aire libre.

Llegó a la Jefatura y pasó directamente a ver al comisionado. Éste escuchó la historia con aire reconcentrado.

—Así que Watkins, ¿eh? Debemos andarnos con cuidado, teniente. Es un hombre muy importante.

—Muy importantemente sinvergüenza, señor.

—Eso no nos concierne. Lo que sí nos concierne es que es amigo del alcalde. No podemos precipitarnos.

—¿No lo vamos a detener tan pronto llegue?

—No lo sé. Déjeme pensarlo.

—Puede hacerlo. Pero es una pista y una pista importante también, señor.

—¿Me lo dice *a mí*?

Mac Auliffe volvió desalentado a su despacho. Estaba sentado ante su mesa con las manos cruzadas, pensando furiosamente, cuando el teléfono sonó. El timbre le sobresaltó.

—¿Teniente Mac Auliffe?

Reconoció la voz al instante. Grave, bien modulada, con un tono profundo que acariciaba los oídos.

—Doctora Cornel, soy yo.

—¿Podría verlo?

—Por supuesto. ¿Ahora?

—Sí.

—¿Dónde?

—Vivo en Carminton. Apartamentos Carminton. ¿Sabe dónde?

Está cerca de aquí. Sí. Estaré en su casa dentro de un cuarto de hora.

—Gracias.

Colgó.

Mac Auliffe telefoneó al comisionado, el cual se disponía a marcharse también. Luego, el teniente bajó a buscar su coche.

CAPÍTULO VII

Anthera Cornel lo recibió en la puerta.

—Pase.

—Estoy sorprendido, doctora.

—¿Por qué?

—No hace frío en su casa, simplemente.

Ella sonrió.

—No quiero convertirlo en un pescado en conserva, teniente.

Pase.

La casa no era tan lujosa como se la había imaginado Mac Auliffe. Al menos, a primera vista. Era un poco más tarde, a la segunda y tercera ojeadas, cuando uno se daba cuenta de que los muebles eran perfectos, estilo Victoriano, los cuadros buenos, no simples copias, y el papel de la sala, tranquilizador. Antes de darse cuenta, Mac Auliffe estaba sentado en un diván blando que se hundía a su peso cómodamente, y con un vaso de «Chivas» en la mano.

La doctora Cornel llevaba una bata azul marino que tornaba aún más brillante su cabello rojizo. Los labios, con un ligero toque de carmín plateado.

Mac Auliffe la contempló durante unos instantes y luego se bebió de un golpe el vaso de «Chivas». Ella le cogió el vaso.

—¿Otro?

—Por supuesto, sí.

—¿Tenía sed?

—Sentí la garganta seca al verla a usted ahí parada doctora.

Ella sonrió.

—Y además, diablos, sabe usted sonreír. Llegué a dudarlo.

—¿Ha terminado ya de decir tonterías?

—No. Pero como supongo que me ha hecho llamar para algo, me callaré.

Ella tomó un vaso y se sentó en el diván junto a él.

—Teniente Mac Auliffe...

—Mi nombre es Anthony. Muchos me llaman Tony.

—Teniente, usted me hizo varias preguntas a mediodía. Estuve pensando en ellas durante la tarde y he descubierto algo.

El *whisky* y la proximidad intoxicante de la mujer estaban obrando sobre Mac Auliffe. Se sentía casi mareado.

—¿Bien, doctora?

—Simplemente es esto: No había caído en ello, porque dejé de ocuparme de sus posibilidades cuando ese marrano de Quint se adueñó de la fórmula, pero la verdad es que uno de los productos derivados de ella puede convertirse fácilmente en LSD.

Mac Auliffe sintió que se le pasaba repentinamente el mareo.

—Repita eso, doctora.

—¿Lo necesita?

—¡Santo Dios, siempre que no sea una broma, no!

—No lo es. Simplemente resulta facilísimo.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Por supuesto.

Mac Auliffe se tomó el vaso de un trago. Luego miró el vaso, como asombrado de aquel gesto.

—¿Otro? —preguntó, ella suavemente.

—Por Jesucristo, aguarde un poco. Anthera. Éste... lo siento, doctora.

—No suena mal. Puede hacerlo. Tony.

Mac Auliffe estaba demasiado impresionado por lo que acababa de oír. Tardó casi un minuto en darse cuenta.

—¿Cómo ha dicho? ¿Tony?

—Eso dije.

—Gracias. Estaba pensando...

—Casi se le podía oír.

Ella rió. Echó hacia atrás la cabeza y el blanco cuello quedó al descubierto. Mac Auliffe tuvo que hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo para no inclinarse y besarlo.

—¿Qué es lo importante en ese asunto? —preguntó la mujer.

—¿Qué es lo importante? Que ello explica perfectamente dos

asesinatos.

—¿Cómo?

Mac Auliffe encendió dos cigarrillos y le pasó uno a la doctora Cornel.

—¿Recuerda lo que le dije sobre los traficantes en drogas?

—Sí.

—Pues bien, ésa es la explicación. Estaban fabricándolo en la Watkins. Con permiso de quién y por quién, es algo que tenemos aún que averiguar, pero lo importante es que ha tenido que ser así. Y cuando Quint murió el producto comenzó a escasear y a faltar.

—¿Quiere decir que Quint era el fabricante? No lo creeré nunca. Quint era un aprovechón, pero podía vivir perfectamente sin necesidad de ponerse frente a la ley. No lo necesitaba.

—Pudo verse obligado a ello. Alguien pudo obligarlo a ello.

—¿Quién?

—Francamente, Anthera, lo ignoro. Pero es una explicación bastante buena y no tengo tantas a mano como para despreciarla.

Sus ojos, normalmente fríos, brillaban. Cogió la mano de Anthera casi antes de darse cuenta de lo que hacía.

—Y se lo debo a usted.

También casi antes de darse cuenta, se inclinó sobre la doctora y la besó. Fue un beso rápido por su parte, como el picotazo de la serpiente, la cual retira inmediatamente la cabeza para prevenir el contraataque.

Sólo que no hubo contraataque. Ella no hizo el menor movimiento de defensa.

Simplemente, lo miraba.

—¿Agradecimiento? —preguntó por fin.

—Jesucristo, ¡no! Sentí el impulso irremediable de hacerlo. ¿Te ha molestado?

—No.

La doctora se puso en pie y paseó por el salón durante un momento.

—Hace calor aquí —dijo. Tenía la cara ligeramente enrojecida. Y Mac Auliffe se dijo que probablemente por el calor.

Ella abrió la ventana. Nevaba ligeramente.

—Ahora ya sabes lo que querías saber. Puedes marcharte.

—¿Lo deseas?

—He dicho solamente que puedes marcharte, concluido lo que te ha traído aquí. —Lo malo— dijo Mac Auliffe desvergonzadamente —es que no tengo deseo alguno de marcharme.

—Tony —dijo con seriedad—, no soy una niña.

Ella se volvió y lo miró rectamente a los ojos.

—¿Me lo dices a mí? —La miró de arriba abajo apreciativamente.

—La posición que tengo me ha costado mucho trabajo, Mucho estudio y mucho trabajo.

—Bueno, supongo que podrás decirme lo que eso tiene que ver con...

—Sí, tiene.

Se acercó hasta él. Como Mac Auliffe estaba sentado, ella lo dominaba por la estatura.

—Todo lo que yo hago, lo hago seriamente. No me gusta perder el tiempo.

—Por primera vez en mi vida me entero de que, según tus fórmulas, beso más beso igual a pérdida de tiempo.

—Estoy hablando en serio.

—Y yo más.

Alargó las manos y las apoyó en las caderas de la mujer. Ella no hizo el menor movimiento para resistirse.

—Tienes que escucharme —ordenó la doctora.

—Cuando hables sensatamente. No todo es química en nuestro mundo mercantil.

—Hay muchas cosas que no sabes.

—Y tú hay otras que me parece que tampoco sabes.

Por primera vez ella sonrió ligeramente.

—¿Te sientes capacitado para enseñármelas?

—¿Lo dudas siquiera? Vas a verlo.

Se puso en pie, la tomó en sus brazos y esta vez tardaron tres minutos en separarse.

—¿Lo ves? —dijo al fin con un ligero jadeo.

Se sentó en el diván y la obligó a hacerlo junto a él.

—Escucha, Anthera, sabía perfectamente que estabas hablando en serio. Mi postura era... un poco de defensa.

No sabía cómo ibas a tomar el hecho de que sentía unos

impulsos irrefrenables de besarte y tenerte entre mis brazos. ¿Vas comprendiendo?

—No me has dejado terminar —protestó ella.

—¿No? Bueno. ¿Por qué no lo haces ahora?

—Lo que acabas de hacer era simplemente tratar de humillarme. Quizá sea que te he parecido altiva, lejana, cualquier cosa y tú has querido hacerme bajar a tu nivel.

Mac Auliffe frunció las cejas.

—¿Eso es lo que crees, verdaderamente?

—Sí.

El teniente se puso en pie. Ahora su cara estaba contraída, por algo muy parecido al furor.

—Así que eso es lo que crees. Está bien. Gracias por la información, por el *whisky* y... por todo.

Tomó la trinchera y se dirigió hacia la puerta. Con el picaporte en la mano, se volvió.

—Sólo te diré una cosa, doctora. Sólo una. Cuando te tuve bien apretada, no tenía más que un solo pensamiento: Que sería maravilloso poderme casar contigo. Adiós.

Salió y cerró tras de sí. Cuando llegó al coche, pasó casi cinco minutos respirando profundamente para dominar la ira. Sólo lo logró a medias. Y fue el radio teléfono el que lo sacó de aquella situación.

—Teniente —carraspeó—. Se precisa su presencia en la jefatura. Responda.

—Enterado y voy para allá. Corto.

Cuando entró en su despacho, uno de los detectives de guardia nocturna lo abordó.

—El comisionado quiere verlo. Hay alguien con él. Conflictos, si me permite, teniente.

—No se lo permito, pero no tengo medio de evitarlo —respondió malhumoradamente.

El comisionado estaba con un hombre, alto, de cabellos que comenzaban a retroceder y larga nariz. No necesitó mirarlo dos veces para saber de quién se trataba.

—Míster Watkins ha venido a verme, Mac Auliffe —dijo el comisionado—. Yo he preferido que estuviese usted presente. Tiene algo que decirnos. Míster Watkins, el teniente Mac Auliffe.

—El hombre que ha ido por ahí haciendo preguntas sobre mí, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Mac Auliffe con tono beligerante—. Quería hablar con usted. La única forma de hacerlo era tratar de localizarlo.

—Mac Auliffe. Estoy seguro de que podemos llevar esto con el mejor sentido posible —intervino el comisionado.

Watkins alzó la mano en el aire. Una mano perfectamente manicurada.

—Señores —dijo. Y en su tono se adivinaba al consejero de administración, al hombre acostumbrado a dirigir—. Ante todo una cosa. Mi esposa está enferma y no quisiera en modo alguno que se llevase un disgusto. No lo quisiera. Podría serle... fatal.

Mac Auliffe iba contando. Llegó hasta cincuenta, en voz baja.

—Lo supongo —dijo.

—Pues bien, conozco al comisionado desde hace tiempo. Y, señores, creo que estamos entre hombres de mundo. No hay muchas personas que puedan arrojarme la primera piedra por un asunto que yo...

—¿Me permite un momento? —dijo Mac Auliffe. Y sin esperar, añadió—: Míster Watkins, no queríamos verlo por sus asuntos privados. Es usted muy dueño y mayor de edad para resolverlos por sí mismo. Pero cuando se trata de dos asesinatos... la cosa cambia. ¿Tengo o no tengo razón?

—Bien, en cierto modo, sí. Lamento mucho lo que ha ocurrido, pero no me considero responsable en absoluto.

—Lo supongo. Bien, de lo que se trata es de lo siguiente: ¿Ha tenido usted en todo momento sobre sí la llave de los archivos secretos de la Watkins?

—Por supuesto. En ningún momento se ha separado de mí.

—Bien. ¿Hay alguien que haya podido cogerla?

—No, por supuesto y definitivamente, no.

—Gracias. Y, por último, ¿se ha acercado usted a la Watkins? ¿En algún momento durante estos días que se suponía estaba usted en San Luis?

—No. En ningún momento. Comprendan, señores, no podía hacerlo sin delatarme yo mismo. Es decir, sin que alguien pudiera reconocerme. Caballeros, esto es penoso para mí, pero *mistress*

Quint y yo... nos amamos. Mi esposa es prácticamente una inválida, no hacemos vida en común y...

Mac Auliffe pensó que en la misma situación, otros muchos hombres se dedicaban abnegadamente a sus esposas, sin buscar atracciones en otro lugar, pero no parecía el momento oportuno de decirlo.

—Bien, míster Watkins. Creo que eso es todo.

—¿Todo, Mac Auliffe? —preguntó el comisionado, con evidente extrañeza.

—Sí, señor.

—Bien, caballeros, ¿puedo confiar en que mi esposa no se verá molestada bajo ningún concepto?

—Si no surgen nuevas complicaciones, no —respondió el teniente.

—Espero que no surjan.

Se puso en pie, y con aire evidentemente satisfecho, salió del despacho. El comisionado se volvió a Mac Auliffe.

—No quería molestar a Watkins, pero una vez que él mismo ha venido a aclarar las cosas, creo que podría usted...

—No, señor. Hay novedades, pero no he querido airearlas delante de él. —Y le explicó lo que había averiguado. Cuando terminó, añadió—: No he considerado oportuno hacerle saber esto a Watkins. Porque pienso que de todos los que trabajan en esa empresa, él es el menos apropiado para mancharse las manos con una cosa así.

El comisionado parecía impresionado.

—Diablos, hay que hablar a Whooper y que se quede tranquilo.

—Lo pienso hacer mañana por la mañana, tan pronto como haya regresado. Está en Washington, consultando.

—Bien, y después...

—Después, y si no averiguamos quién era el que estaba utilizando la Watkins para sus negocios particulares, habrá que avisar al departamento de narcóticos. Pero, señor, me gustaría resolver yo mismo este asunto. Es decir —añadió diplomáticamente—, nosotros.

—Por supuesto, por supuesto. Siga con él. Pero avise a Jeff Travers.

—No pensaba prescindir de él, señor. Se pondría como un toro

español.

Lo llamó a su casa desde su despacho. Travers dio un salto. Mac Auliffe casi pudo oírlo.

—¡Diablos, Tony, eso son noticias! Espera, que voy para allá.

—Espera un poco, Jeff. Recuerda que tengo dos asesinatos a mi cargo. No vayamos a espantar la caza. Tengo una idea. Mañana la consultaré contigo. Pero lo que sí podrías ir haciendo es tratando de hacer hablar a algunos de los repartidores que tienes en la caponera, ¿no?

—Ahora mismo... Bueno, ya es tarde. Mañana mismo lo haré.

—No les indiques el camino, Jeff. Que sean ellos los que te den la pista. De ese modo contaremos con una prueba más.

Colgó, pero aún no habían acabado las novedades.

El teléfono volvió a sonar.

—¿Teniente Mac Auliffe? Aquí el sargento Scribeber, del Precinto 7.

—¿Cómo está, Scribeber? ¿Algo nuevo?

—Uno de los patrulleros me ha pasado aviso de que busca usted a un *tramp* o por lo menos está interesado en él. ¿Es así?

—Adelante, Scribeber, lo estoy.

—Uno de mis hombres se ha enterado de que han recogido anoche a uno medio muerto, en la puerta de la YMCA. Pensamos que podría tratarse del mismo. —Escuche, Scribeber, vamos a hacer una cosa: *Envíe* un coche a la taberna de O'Myer, en...

—La conozco.

—Coja a un tipo que se llama Ollie y llévelo al hospital. Él puede identificarlo.

Infórmeme del resultado, ¿quiere?

—Cómo no, teniente. Lo voy a hacer ahora mismo.

—Gracias, sargento.

Colgó y encendió un cigarrillo. Se acordó del *whisky* de Anthera Cornel, y el pulso volvió a agitársele. Un trago de *whisky* y los labios de aquella mujer iceberg... Le gustaría decírselo: «Sumérgete a ti misma en un vaso de "White Label": lo enfriarás».

Sí, no sería mala idea. Y seguía pensando en ello cuando cogió el teléfono, que volvía a sonar.

—¡Diga! —aulló.

—¿Con quién crees que estás hablando? ¿Con China? No hace falta chillar de esa manera.

Aquella voz... «Vamos, anda, díselo».

—Sumérgete a ti misma en un vaso de *whisky* y...!

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. No soy soluble en *whisky*.

—Escucha, Anthera, si me llamas para reírte de mí, puedo decirte que...

—No te llamo para reírme de ti. Sólo para saber si habías llegado bien. Espera un poco, no te dispaes. ¿No es muy tarde para que sigas trabajando?

—¿No te has pasado tú alguna noche en vela, cuando tenías algo entre manos que te interesaba lo suficiente?

—Sí, muchas veces. Cuando tenía trabajo.

—¿Qué diablos quieres decir?

Hubo un silencio.

—Tony, perdóname.

—Diablos y diablos...

—Sólo quería decirte eso, en realidad. Ahora, voy a colgar...

—¡Espera! —Fue un auténtico alarido. Un policía de uniforme asomó la cabeza por la puerta. Mac Auliffe le hizo frenéticas señas de que no pasaba nada y que se esfumase.

—Que espere, ¿para qué? Tony, ya he dicho lo que quería. No quiero tener que repetirlo.

—No te iba a pedir eso. Sólo que... ¿podría verte de nuevo?

—¿Lo quieres... de veras?

—¡Por supuesto que sí, maldición! No hay cosa que desee más en este maldito mundo.

—Bien, en ese caso... ¿a qué esperas?

—Voy para allá tan pronto como haya...

—Ahora. Soy una mujer que trabaja, no lo olvides. No puedo pasarme la noche esperando.

—Pero si son apenas las diez. Y yo tengo que hacer... Está bien. Voy ahora mismo.

—Has dicho, ¿ahora? Bien, en ese caso te espero.

Soltó el teléfono. Se sentía con deseos de comenzar a dar saltos, pero la presencia de los agentes de uniforme al otro lado de la

puerta se lo impidió. Cuando se ponía en pie, oyó el teléfono de nuevo. Lo miró con odio, pero no se atrevió a ignorarlo.

Era el sargento Scrieber.

—Lo tenemos, teniente. Es el mismo que usted buscaba, Un tal Matty Matheson.

—Bien, ¿cómo está?

—Mal. Tiene mucha fiebre. Le están atiborrando de antibióticos, pero el individuo es un alcohólico. ¿Va a venir a verlo?

Mac Auliffe lo pensó. Sólo durante unos segundos.

—Iré más tarde, sargento. Al fin y al cabo si se encuentra inconsciente...

—No he dicho eso. He dicho que se encuentra mal, nada más.

—Bien, más tarde me acercaré.

«Al fin y al cabo —pensó—, ya ha pasado la hora de estar yo con las narices metidas en los asuntos del servicio».

Con aquella mordaza en la conciencia, salió de la oficina.

CAPÍTULO VIII

Cuando ella se separó de sus brazos, Mac Auliffe miró la hora. Eran las tres de la mañana.

—¿Y quién va ahora a un hospital? —se lamentó.

—¿Qué tenías que hacer en el hospital?

Mac Auliffe la miró. Estaba hermosísima, con su bata azul oscuro, y sin gran cosa más debajo.

—Un vagabundo.

—¿Prefieres un vagabundo a mí?

—Por cierto que sí.

La agarró con fuerza.

—Escucha, ¿quieres casarte conmigo o no? Después de lo que ha ocurrido...

—¿Le has pedido en matrimonio a todas las que... han colaborado contigo?

—¡Claro que no! Me sacas de quicio. Escucha, te vas a casar conmigo...

Se detuvo. La miró fijamente y una sombra apareció en su frente.

—Lo siento. Tal vez tengas razón. Una mujer como tú no se va a casar con un policía.

Ella se puso en pie. Se apretó la bata, que había descubierto los largos y firmes muslos.

—No he dicho nada de eso.

—Pero lo digo yo. Eres una mujer importante. Debes tener mucho dinero. Yo solo, tengo lo que gano diariamente. No, no sería un buen negocio.

Ahora fue Anthera la que frunció las bien formadas cejas.

—¿Estás hablando en serio?

—Por completo. No puedo pedirte eso. No puedo pedirte que te ates a un hombre que gana mucho menos que tú. Al menos creo que gano mucho menos que tú. No, vamos a olvidarnos de eso.

—Como quieras.

Le volvió la espalda.

—Puedes irte. Ya has conseguido lo que querías, ¿no? Pues mañana tengo que trabajar.

—Escucha, Anthera...

—¿Hay algo que tenga que escuchar? ¿Eh? ¿Lo hay? Si no, no me hagas perder sueño.

—Anthera.

Fue hacia ella y la abrazó.

—¿Es que no lo comprendes, diablo de mujer? ¿Es que quieres oír que si te pierdo he perdido lo más grande que haya encontrado en mi vida? ¿Es que quieres oírlo?

Ella se volvió como una pantera joven.

—¡Sí! ¡Quiero oírlo! ¿Por qué no? Tengo derecho a ello. Al menos, creo que tengo derecho. También lo que ha ocurrido tiene su importancia para mí.

Se miraron a los ojos, durante un momento. Más parecían dos enemigos que otra cosa.

—Lo siento —dijo ella.

—Lo siento yo también. ¿Por qué no nos portamos como un par de personas sensatas? —Porque en este momento no me siento sensata. Por eso. No puedo pensar con claridad y... no quiero pensar con claridad. Sólo sé que no quiero perderte, Tony. No quiero.

—¿Y crees que yo sí? Maldición.

—Jurando no sacaremos nada en limpio.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

—Viviremos de lo que yo gane.

—Yo tengo que trabajar.

—Pero viviremos de lo que yo gane.

—Viviremos de lo que ganes, pero yo tengo que trabajar. No puedo impedir el ganar dinero.

—¡Lo regalas! Bueno, no lo regales. Pero lo meterás en cualquier parte y al diablo con lo que sea de él.

Ella rió musicalmente.

—Para mí el matrimonio no representa sólo un marido atractivo. También hijos. Y ellos es posible que lo necesiten. Así que... cierra la boca ya de una vez. No quiero olvidar que soy una señora.

Mac Auliffe la abrazó estrechamente. Si tenía la idea de ir a ver al vagabundo, aquella idea se perdió cuando ella le devolvió el abrazo y su cuerpo quedó pegado al de él como el hierro al imán. Al diablo los vagabundos, los crímenes y todo. ¡Al diablo!

* * *

A las nueve de la mañana estaba en el hospital de San Francisco. Una enfermera lo llevó hasta la sala en que estaba el hombre, en compañía de otros cinco pacientes.

El médico lo aguardaba, prevenido desde la Jefatura.

—¿Puede hablar? —preguntó el teniente.

—Puede. Pero no lo deseamos. Ha sido una pulmonía muy grave y ese hombre estaba sin defensas. Hablar puede representar un peligro para él. ¿Qué ha hecho?

—¿El? Nada, que yo sepa, pero puede que sepa algo sobre un crimen.

—Eso puede esperar, ¿no?

—¿Me permite que sea yo quien decida, doctor?

—Sobre su asunto sí. El mío es decirle que no lo va a forzar.

—No lo intentaré siquiera.

Pasó. Una cara afeitada, con manchas rojizas, lo miró desde una cama.

—Matheson, ¿puede oírme?

El hombre lo miraba como alelado. Luego, inclinó la cabeza.

—Escuche, Matheson, voy a hablar yo. Usted límitese a decir que no con la cabeza o que sí, igualmente con la cabeza, ¿me ha entendido?

El hombre dejó pasar otro lapso de tiempo. Luego... asintió.

—Escuche, soy policía.

El médico, a su lado, aguardaba, presto a intervenir.

—Matheson, se cometió un crimen en la Watkins. Usted era amigo del portero, según tengo entendido, ¿bien?

Afirmación.

—¿Sabe usted algo de ese crimen?

El médico intervino:

—No haga eso, teniente. No puede hacerle contar una historia entera.

—Que diga con la cabeza si sabe algo o no.

El enfermo asintió. El corazón de Mac Auliffe se saltó dos latidos.

—Bien, veamos... Diablos, así es muy difícil hacerlo.

El enfermo abrió la boca.

—¿Qué?

Un estertor, como si quisiera toser.

—Teniente...

—Ya lo sé, ya lo sé, doctor. Diablos, ¿cómo...? Oh, ¿podría escribir?

—Está muy débil, teniente.

—Probemos, ¿quiere? Ya lo ha oído, sabe algo. Y es muy importante para nosotros.

—La vida del hombre «es importante», teniente.

—Bueno, podríamos probar, ¿no? Vea, Matheson, ¿podría usted escribir. Limítese a asentir o negar.

El enfermo miró su mano, fuera del embozo. Una mano recién lavada, quizá por primera vez desde hacía bastante tiempo.

Asintió.

Mac Auliffe sacó una libreta del bolsillo y un bolígrafo.

—Teniente, sólo un momento, ¿quiere? Sólo un momento.

—Bien, bien, ya lo sé. Escuche, Matheson limítese a algo, lo que sea, pero que nos de una pista. ¿Comprende?

Matty comprendía. Pero estaba tan débil. La cabeza le flotaba en medio de una nube rosada y azul donde apenas llegaban las palabras. Tenía que concentrarse en lo que le decían. Era: una pista. ¿Pista? Sí, un hombre había querido matarlo. Un hombre, ¿cómo diablos se llamaba? No, eso no era una pista.

—¿Me ha entendido, Matheson?

Matty inclinó la cabeza. Había entendido, sí, pero ¿cómo dar una pista? La mano. Tenía que alzar la mano y escribir, pero ¿qué? ¿Cuál podía ser una pista?

—¿Me ha entendido, verdad? Bien, escriba algo, lo que sea. Algo. Algo que pueda servirnos para coger al asesino. O algo que

nos lleve a él.

Matty flotaba en sus nubes. Una pista..., ¿cómo se llamaba? Imposible, no conseguía recordarlo. ¿Dónde vivía?

Mac Auliffe puso la libreta en la cama, junto a la mano del enfermo. Luego le colocó el bolígrafo entre los dedos.

Matty comprendió que tenía que decirlo. Escribirlo. Sí, ¿pero, qué?

Luego, su mano apresó el bolígrafo. Era como si tuviera algodón entre los dedos.

Y entonces, recordó. Podía. Podía hacer algo. Pero...

Tenía que escribir, y eso estaba casi por completo fuera de su alcance. ¿Cómo, con aquel objeto de algodón que le habían puesto entre los dedos.

Lo miró. Vio que sus dedos podían alzarlo. Bien, si podían alzarlo, tal vez también consiguiera escribir con ello.

Tal vez.

Mac Auliffe y el médico vieron cómo el bolígrafo se alzaba, descendía y por fin se posaba sobre la hoja en blanco.

—No hable —dijo el médico en voz baja—. No hable. No lo canse más haciéndole preguntas o urgiéndolo. Déjelo, teniente.

—Lo iba a hacer —respondió el policía—. Doctor, no crea que esto es fácil para mí, pero...

El bolígrafo se movió.

Matty se encontraba ante una nueva dificultad. ¿Cómo se escribía aquella palabra?

Bueno, tanto daba, ¿no? El caso era escribirlo, ¿no? El no podía hacer otra cosa, ¿no?

El bolígrafo se movió. Lentamente, garabateando.

Luego, cayó a las sábanas y de allí al suelo.

—¿No hay más? —preguntó Mac Auliffe.

Matty movió la cabeza negativamente. Lo había conseguido. No se sentía triunfador ni mucho menos. Apenas sentía, sino que había cumplido con algo que le solicitaban urgentemente. Ahora lo único que quería era adormecerse de nuevo, flotar en aquellas nubes rosadas, sintiéndose caliente y cuidado.

Mac Auliffe cogió la hoja. La miró. Curioso, el médico se asomó por sobre su hombro.

—Diablos, doctor, ¿entiende usted lo que hay escrito aquí?

—Pues... parece... Fol... va... Teniente, lo entiendo tanto como

usted. Pero ahora, vamos a dejar a este hombre descansar.

—Gracias, doctor. Y... le diré una cosa. Este hombre sigue siendo importante para nosotros. Voy a dejar un policía a la puerta, si no le importa. Ha sido testigo o sabe algo sobre dos asesinatos. No quiero que le pueda ocurrir algo. Otra cosa: Cuídenlo. Todos los gastos que se originen estoy seguro de que los pagará bien el Municipio. Incluso hay una recompensa por parte de la Watkins, y que si «esto» sirve para coger al asesino, la cobrará este hombre.

—Haremos lo que podamos. En cuanto al policía, ¿lo cree necesario?

—Sí, doctor. Absolutamente necesario. Y ahora, por favor, deme todo lo que llevaba encima cuando lo trajeron.

Mientras volvía a la Jefatura, fue echando de vez en cuando una ojeada al papel. Diablos, ¿y si fuera una alucinación del enfermo? Aquello... «Fol...» sí, eso sí podía ser. Pero el resto de las palabras se le escapaba.

Apenas llegó, se entrevistó con el comisionado. Éste examinó el papel con el mismo aspecto perplejo.

—Llame a los peritos grafólogos, Mac Auliffe.

Los peritos llegaron enseguida. Cogieron el papel y seguidos por el comisionado y por Mac Auliffe bajaron al laboratorio.

—Tengan en cuenta una cosa —dijo Mac Auliffe sacando la mugrienta cartera con los papeles de Matheson—, que nos las habernos con un vagabundo, probablemente casi analfabeto y que estaba muy enfermo cuando escribió esto.

—No hay más que verlo —dijo uno de los peritos.

Sacaron una diapositiva de la palabra y diez minutos después la proyectaban en la pantalla.

—Las primeras letras son indudablemente «Fol» —dijo uno de los peritos—. Están escritas más claramente que las demás. Luego, como verán, la escritura se tuerce hacia abajo.

—Estaba tendido en una cama y sólo movía ligeramente la mano —aclaró Mac Auliffe que estaba examinando los escasos papeles de la cartera.

—Luego sigue algo que pudiera ser una «v» y una «o». Luego... parece una «q» o una «g».

—Y una «e» o una «a» y al final una raya. Quizá con esta última raya quiso escribir otra letra. Así que tenemos «Folveqa» o

«Folvage».

—El hombre estuvo en las tropas de ocupación en Alemania —dijo Mac Auliffe.

Uno de los peritos levantó la vista.

—¿En Alemania? Esperen un momento, si la letra es una «g» y la última pudiera ser una... ¿Qué letra se convierte en una raya cuando se hace dificultosamente?

—«M» o «n» —dijo el otro técnico.

El primero de ellos cogió un lápiz y escribió una palabra.

—Teniente, seguiremos investigando, pero mire esa palabra.

Mac Auliffe miró. El técnico había escrito: «Folvagen».

—Y esto...

—Me ha dado usted la idea al decirme que ese hombre había estado en Alemania. Teniente, la marca de un coche alemán se escribe «Volkswagen», pero en alemán suena Folsvagen.

Mac Auliffe se dio un golpe en la cabeza.

—¿Cómo no he caído en ello, diablos? Sigán investigando, pero creo que han dado con el asunto. Han aplastado el clavo.

Se quedó un momento pensativo.

—Un clavo que puede remachar una tumba —añadió después de un momento.

Y salió, seguido por el comisionado.

—Mire, señor, el hombre es casi analfabeto. O ha podido olvidar la ortografía de la palabra, pero recuerda el modo de pronunciarla. Parece llevado por los pelos, pero..., ¿ha tenido usted pálpitos alguna vez?

—Muchas, Mac Auliffe.

—Pues voy a seguir uno de ellos.

Cogió el teléfono.

—Con la Delegación de Tráfico.

Cuando lo tuvo:

—Oiga, Meyers, ¿cuántos coches europeos marca «Volkswagen» hay matriculados en la ciudad? Sí, ya sé que tendrá que mirar, pero lo necesito con toda urgencia. Gracias.

Colgó.

—Me llamará —anunció al comisionado.

—Pudiera ser un coche de otro Estado.

—Ya lo sé, pero es el primer paso. Hay otro que... —Se dirigió a

la puerta—. ¡Mostyn!

El detective apareció.

—Radie inmediatamente este anuncio: A todos los patrulleros, tanto móviles como a pie: Den inmediatamente noticias de todos los coches europeos marca «Volkswagen» que vean o de cuya existencia tengan noticia. Prioridad absoluta.

Se sentó.

—Bueno. Esperemos un poco. Quiero saber lo que me dice Meyers.

Éste telefoneó pocos minutos después.

—Aquí tengo lo que querías, Mac Auliffe. Hay veintidós.

Mac Auliffe hizo un gesto.

—¿Nada más? Pues..., pásame la lista, por favor. Espera, lo harás a la grabadora directamente. Quiero constancia de ello.

Pero Meyers no tuvo necesidad de acabar. En el número siete, Mac Auliffe aulló:

—¡Para, Meyers! Repite ese último nombre.

—John L. Rassin, Calle «K», 191.

—Gracias.

Cogió el expediente y lo hojeó rápidamente. Se volvió con lentitud al comisionado.

—Creo que lo tenemos, señor. Al menos, tenemos algo a qué agarrarnos, si la pista no es falsa. Quiero decir, la del vagabundo. El comisionado leyó por encima de su hombro.

—Uno de los químicos de la Watkins tiene un coche de esos, ¿eh? Bien, Mac Auliffe, vaya por él.

El teniente estaba pensando.

—Y sin embargo, señor, no es nada, apenas. Ninguna prueba. Nada por lo que podamos detenerlo, aun en el caso de que pensáramos hacerlo.

Golpeó la mesa con la mano.

—Voy a verlo, de todas formas.

Antes de salir, marcó el teléfono de la Morrissey. Cuando Je pusieron con Anthera, dijo:

—Hola. ¿Trabajas?

—He decidido —dijo ella lentamente—, tomar el día libre. Voy a adelantar el fin de semana. ¿Vienes conmigo a mi chalet en Clooney?

—Lo siento, Anthera. Precisamente se nos ha presentado una novedad. Me tengo que quedar, aunque bien sabe Dios lo que me gustaría ir contigo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Lo siento, no puedo decirlo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Pues... No lo creo. No. Es algo nuestro. Sólo nuestro.

—Lo siento. Había esperado que pudieras venir.

Una sospecha asaltó al teniente.

—Un momento. Supongo que irás sola, ¿no?

Hubo un silencio.

—Eso espero —fue la respuesta.

—¿Y que allá arriba no te irás a encontrar con alguien?

—¿Celoso? —La voz sonaba suavemente.

—¡Sí!

—No hay motivo. Allí estaré hasta el lunes por la mañana. Si puedes acercarte...

—Lo intentaré por todos los medios, pero no depende de mí solamente. ¡No me hagas las cosas difíciles, maldición!

—Hasta la vista, Tony.

Fue un Tony enfurecido y desgraciado el que colgó el teléfono y se dirigió a la Watkins.

Cuando llegó, y antes de entrar, lanzó una mirada a los coches aparcados en el patio.

Allí, casi en uno de los rincones, había un «Volkswagen».

Pidió a la recepcionista que llamara a Rassin. Éste apareció un momento después. Vestía bata blanca y llegó fumando un cigarrillo.

—Buenos días, teniente.

—Míster Rassin, ¿es suyo el coche alemán que hay en el *parking*, verdad?

—Sí. ¿Por qué?

Mac Auliffe había preparado durante el camino el esquema del interrogatorio.

—Míster Rassin, tenemos motivos para pensar que su coche pudiera estar relacionado de alguna manera con el asesinato de Quint.

Rassin alzó una ceja. La mirada de Mac Auliffe fue hasta la mano con que sostenía el cigarrillo. Aún recordaba la impresión de

nerviosismo que le causó en otra de las veces que lo vio.

—¿Teniente? ¿Qué galimatías es éste?

—¿Le han robado alguna vez el coche? Me refiero a fecha cercana.

—Pues..., no.

Rassin lanzó una bocanada de humo.

—¿Quiere explicar todo eso, teniente?

—Míster Rassin, ¿estuvo usted con su coche aquí la noche del asesinato?

Lanzó la pregunta como un golpe, aunque su tono continuaba siendo cortés.

—¿No lo hubiera dicho si así hubiera sido, teniente?

—Eso, míster Rassin, no es contestar a mi pregunta.

—Naturalmente, «no». No estuve.

—¿Y si le dijera que alguien vio el coche?

—Pues..., supongo que tendría que demostrarlo. No es verdad.

Mac Auliffe se alertó.

—¿Qué ha dicho?

—Que eso habría que demostrarlo.

—Míster Rassin, ¿trabaja usted aquí por las noches?

—Pues... en alguna ocasiones en que un trabajo se me ha retrasado, sí.

Había tirado el cigarrillo y ya su mano buscaba otro en el paquete.

—Teniente, si no me equivoco, está usted acusándome de algo.

—¿Yo? No, en modo alguno.

—Todas esas preguntas...

—Responden a una fase de la investigación.

—En ese caso, alguien ha dicho que mi coche estaba aquí.

—Tenemos sospechas de ello.

—Pues demuéstrenlo. Y mientras tanto, tengo que trabajar, si no le importa.

—¿Míster Rassin, ¿quiere venir conmigo?

—¿Dónde?

—Se lo diré más tarde, si no le importa.

—¿Quiere decir que estoy detenido? ¿O algo por el estilo?

—De ninguna manera.

—Porque en ese caso llamaría a un abogado.

Mac Auliffe tuvo otra corazonada.

—Bueno, hágalo si quiere. Está en su derecho, pero ya le digo que no está detenido.

—Al menos, puede decirme dónde quiere llevarme.

—Lo va a ver enseguida. ¿Viene, míster Rassin?

—Un momento, tengo que hablar a míster Stables.

—¿Le importa que vaya con usted?

—¿Teme acaso que...?

—Nada, míster Rassin. No temo «nada». Pero supongo que no le importará que le acompañe.

Stables los recibió. Escuchó lo que le decía Rassin y miró al teniente, interrogativamente.

—Teniente, puedo saber...

—Se trata de una simple rutina, míster Stables.

—Bien, bien, Rassin, espero que... Bueno, naturalmente, tiene usted el permiso, qué duda cabe.

Rassin se dirigió hacia la puerta. Mac Auliffe los miró a ambos, rápidamente.

Y entonces, se jugó su carrera a una carta. Lo sabía, pero lo hizo. Conscientemente.

—Míster Stables. Tenemos motivos para creer que del producto que Quint fabricaba bajo su fórmula, ha estado extrayéndose ácido lisérgico. LSD.

Stables se puso en pie como expulsado de su silla por una patada.

—¡Qué ha dicho! ¿Aquí?

—Sí, señor. Y que eso costó la vida a Quint. Tal vez lo descubrió, tal vez amenazó al hombre que lo hacía. Tal vez. Le repito, son sospechas solamente.

—¡Usted...! ¡Esto le puede costar una demanda judicial! ¡Un proceso!

—Lo sé. Míster Stables, ¿habría alguna manera de comprobar si eso ha podido ser hecho a sus espaldas, si alguien ha podido fabricar ese producto sin saberlo la administración?

—¡Usted está loco! ¡Llamaré a míster Watkins y...!

Se detuvo.

—¿Dice que...? ¡Por Dios, eso sería...!

—No haga caso, Stables —dijo Rassin con voz ronca—. Este

hombre está loco.

—Venga conmigo míster Rassin. Y usted míster Stables, ¿podría intentar informarse de ello?

Mac Auliffe sentía húmedas las palmas de las manos. Su corazón latía violentamente.

Simplemente, tenía miedo, pero..., era ya demasiado tarde para dar marcha atrás.

—¡Claro que lo haré! Mientras tanto llamaré a nuestros abogados...

—Hágalo, pero compruebe si ello ha sido posible. Sólo le pido eso, míster Stables; comprobar si ello ha sido posible.

—Lo haré, lo haré y por Dios que...

Mac Auliffe cogió a Rassin del brazo. Éste se soltó con un movimiento brusco. —Vamos— dijo el teniente.

CAPÍTULO IX

—¿Otra vez? —dijo el doctor—. Pero...

—Por favor, doctor, es sólo un momento.

—Bueno, en ese caso... Pero no respondo si ese hombre...

—Por favor.

Mac Auliffe estaba rezando interiormente cuando abrió la puerta. Pero su mano no tembló.

Hizo pasar a Rassin. Al hacerlo comprobó que el hombre estaba tenso.

Y entonces, vieron la cara de Matty Matheson, y éste los vio a ellos.

Matty bajó de su nube rosada. Aquella cara, aquellos ojos... Los faros de un auto precipitándose hacia él...

Abrió la boca y un ronco graznido salió de sus labios.

Mac Auliffe se volvió hacia Rassin. Éste había retrocedido un paso, con la cara contraída. El teniente echó mano al sobaco.

—No se mueva, Rassin. No se mueva. Tengo una pistola aquí.

—El... —dijo Matty—. El... me quiso... matar.

El doctor se interpuso.

—Dejen tranquilo a este hombre.

Mac Auliffe habló por encima del hombro del médico.

—Usted vio su coche la noche del crimen, ¿verdad, Matheson?

—S... s... sí. Allí. Y él quiso matarme.

—Ese hombre me quiso hacer un chantaje —dijo Rassin, roncamente—. Es un delincuente.

Mac Auliffe lo empujó hacia la salida.

—Hablaremos de eso después —dijo—. Vamos, tiene usted que venir conmigo.

—¡Usted no tiene derecho! ¡Quiero llamar a un abogado! —Lo

hará. Vamos. Gracias, Matheson.

* * *

No fue hasta el domingo por la noche cuando el teniente Anthony Mac Auliffe llegó hasta Clooney, en las Montañas Blancas. Encontró el chalet enseguida, pero tuvo que dejar el coche en el aparcadero del motel. No podía subir ni con cadenas.

Anthera le abrió. Vestía un jersey espeso, con dibujos neutros, y pantalones.

—¡Tú! Pero...

—¿No puedo pasar?

—Claro que puedes pasar.

El interior decorado con pieles de animales, muebles rústicos americanos y un fuego en el que ardían leños de alerce, le pareció a Mac Auliffe una sucursal del paraíso. Se acercó al fuego, mientras se quitaba la gabardina.

—Hola, Anthera.

—¿Has terminado el...?

—¡Gracias a Dios, sí! Lo he terminado. Y he venido. Estoy aquí, ¿no?

Cogió a la joven en sus brazos.

—Espera un poco, querido...

—¡No puedo! ¡No puedo, demonio! He venido soñando todo este camino con el momento en que pudiera abrazarte y...

—¿Has cenado?

—Ni he cenado ni he comido. Pero eso puede esperar...

—No.

Ella había hablado con tono autoritario.

—Siéntate ahí. Toma.

Le puso un vaso de *grog* en la mano.

—Era el mío. Iba a beberlo, pero eso sí que puede esperar. ¿Sopa de cangrejos, carne asada y ensalada?

—¡Demonio tentador! ¡Sí!

—Estará preparado en cinco minutos. Bébetelo eso y...

Sus labios recibieron de lleno el beso de él. Escapó hacia la cocina, riendo y volviéndose, provocativamente.

El fuego brillaba. El ambiente era cálido, pero no demasiado. La digestión, perfecta.

Mac Auliffe estaba sentado en el sillón. Ella, sobre una piel de ternero Hereford, con la cabeza apoyada en las rodillas del hombre.

—Cuando ayer a mediodía, Matty pudo hablar, el hombre se derrumbó. En efecto, había estado fabricando LSD y vendiéndolo a un hombre, un traficante al que pescamos después y habló también. En un año había ganado cerca de cien mil dólares. Lo hacía de noche, y nos demostró cómo.

—Yo también podría demostrártelo, querido.

—No, prefiero que no lo hagas. Y déjame acabar, ¿quieres? O lo dejaré para mañana.

—Sigue.

—Y Quint se dio cuenta. Lo sorprendió una noche, aunque no sabía lo que estaba haciendo. Pero a la mañana siguiente comenzó a investigar y llegó a la conclusión correcta. Pero no le dijo nada a Rassin, aunque éste tenía ya la mosca iras de la oreja. Lo que Quint hizo fue... bastante sucio.

—No me extraña.

—Simplemente, le dijo que sabía lo que había estado haciendo y que quería parte en el negocio. Rassin comprendió que había que repartir, pero dudaba de Quint. Éste hubiera llegado a la conclusión de que era preferible acabar con el asunto. Y entonces, una noche, se encontraron allí, y Rassin —según él— se vio obligado a matarlo, porque el otro le había amenazado con una pistola. Ésta es la versión de Rassin. Lo que haya de verdad en ella se aclarará en el juicio o... no se aclarará jamás. El portero fue muerto porque sabía que Rassin trabajaba de noche en la Watkins.

Anthera Cornel permaneció silenciosa.

—¿Te has dormido?

—Por cierto que no.

—Aún hubo más. Un hombre intentó entrar en la Watkins. Se trataba del traficante en drogas. Según él, Rassin le había dicho que había todo un *stock* de ácido en su caja fuerte, y le había dado la combinación para que lo sacara de allí. Lo intentó una noche, pero el agente de guardia lo impidió. Estaba desesperado porque

necesitaba la droga. Se estiró como un gatazo impaciente.

—Y eso es todo.

—Nos ha dejado en buen lugar a los de la profesión.

—Supongo que podréis sobrevivir a ello. Pero Stables está destrozado. «Ante mis propias narices», decía, casi llorando. Pues bien, esas cosas ocurren a veces.

Luego, de pronto se puso en pie.

—Si tenemos que volver mañana, no podemos desaprovechar el tiempo.

La abrazó. Estrechamente, fieramente.

—Anthera, somos mayores de edad, estamos sanos y nos queda mucha vida por delante. ¿Te vas a casar conmigo? ¿Sí, o no? Sin circunloquios. Sin rodeos. ¿Sí, o no? —Adivínalo— fue la respuesta.

FIN

Frank McFair, seudónimo utilizado, junto con Russ Tryon y como Henri Darzac, por el escritor español Francisco Cortés Rubio. Nació en Madrid, en 1924. Ya desde muy joven se siente atraído por la literatura, a la que se dedica de lleno en 1948, casi siempre en la modalidad policíaca, aunque tiene escritas varias obras de teatro, policíacas también, no estrenadas aun. Ha publicado en diversas editoriales españolas, argentinas, mejicanas, francesas, italianas y portuguesas. Su estilo se caracteriza por su agilidad, facilidad de expresión, y profundos estudios psicológicos de los personajes que trata, así como de un humorismo extraño, macabro a veces, en el que la paradoja juega siempre un importante papel. Prolífico autor de más de cincuenta títulos de intriga y misterio en los años 70 y 80 publicados en novelas cortas por la editorial Andina.